

ALFAGUARA INFANTIL

# El pequeño Nicolás

Sempé / Goscinny

Ilustraciones de Sempé



51<sup>a</sup> edición

# **El pequeño Nicolás**

**Sempé / Goscinny**

**Traducción de Esther Benitez**

**Ilustraciones de Sempé**



*Para Henri Amouroux, padrino de este Nicolás*

# Índice

Un recuerdo que nos gustará.....	6
Los cow-boys .....	17
El Caldo .....	28
El fútbol.....	39
Vino el inspector.....	49
Rex .....	60
Chocho.....	71
Un ramo de flores fenómeno.....	81
Las notas .....	92
Luisita.....	102
Ensayamos para el ministro.....	111
Yo fumo.....	120
Pulgarcito .....	132
La bici.....	141
Estoy enfermo.....	152
Lo pasamos bomba .....	163
Me trato con Agnan .....	173
Al señor Bordenave no le gusta el sol.....	184
Me voy de casa .....	195

## **Un recuerdo que nos gustará**

Esta mañana llegamos todos a la escuela muy contentos, porque van a sacar una foto de la clase, que será para nosotros un recuerdo que nos gustará toda la vida, como ha dicho la maestra. También nos dijo que viniéramos muy limpios y bien peinados.

Cuando yo entré en el patio del recreo llevaba la cabeza bien llena de brillantina. Todos los compañeros estaban ya allí y la maestra riéndole a Godofredo, que había venido vestido de marciano. Godofredo tiene un papá muy rico que le compra todos los juguetes que se le antojan. Godofredo le decía a la maestra que quería fotografiarse de marciano, y que si no se iría.

El fotógrafo también estaba allí, con su

máquina, y la maestra le dijo que había que acabar pronto, porque si no nos perdíamos la

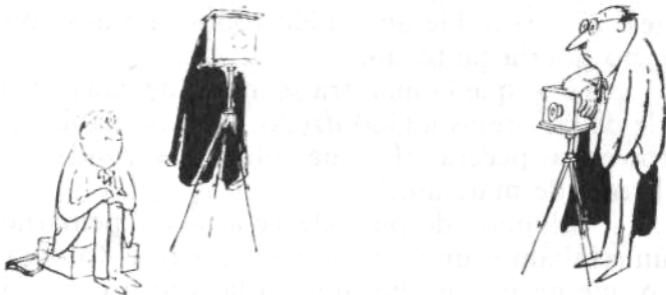


clase de aritmética. Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, dijo que

sería una lástima no tener aritmética, porque a él le gustaba mucho y había hecho bien todos sus problemas. Eudes, un chaval que es muy fuerte, quería darle un puñetazo en la nariz a Agnan, pero Agnan tiene gafas y no se le puede pegar tan a menudo como uno quisiera. La maestra se ha puesto a gritar que éramos insoportables y que si continuábamos así no habría foto e iríamos a clase. El fotógrafo, entonces, dijo:

—Vamos, vamos, un poco de calma... Sé perfectamente cómo hay que hablar a los niños. Todo saldrá bien.

El fotógrafo decidió que debíamos ponernos en tres filas: la primera fila sentada en el suelo; la





segunda, de pie, alrededor de la maestra, que se sentaría en una silla, y la tercera, encima de unas cajas. Realmente el fotógrafo tiene ideas estupendas.

Las cajas hubo que buscarlas en el sótano de la escuela. Lo pasamos en grande, porque no hay mucha luz en el sótano y Rufo se había puesto un saco viejo en la cabeza y gritaba: «¡Hu, hu! Soy el fantasma.» Después vimos que llegaba la maestra. No tenía pinta de estar muy contenta, de modo que nos marchamos en seguida con las cajas. El único que se quedó fue Rufo. Con su saco, no veía lo que pasaba y continuó gritando: «¡Hu, hu! Soy el fantasma», hasta que la maestra se quitó el saco. Rufo se quedó muy extrañado, mucho.

De vuelta al patio, la maestra soltó la oreja de Rufo y se llevó las manos a la cabeza. «¡Pero si estáis completamente negros!», dijo. Era cierto, mientras hacíamos el payaso en el sótano nos habíamos manchado un poco. La maestra no estaba contenta, pero el fotógrafo le dijo que la

cosa no era grave, teníamos tiempo de lavarnos mientras él disponía las cajas y la silla para la foto. Aparte Agnan, el único que tenía la cara limpia era Godofredo, porque llevaba la cabeza dentro de su casco de marciano, que parece una pecera.



—Ya lo está viendo —dijo Godofredo a la maestra—, si hubieran venido todos vestidos como yo, no habría tanto lio.

Yo vi que la maestra se moría de ganas de tirarle de las orejas a Godofredo, pero no había agujeros en su pecera. ¡Es una solución formidable la del traje de marciano!

Volvimos después de lavarnos y peinarnos. Aún estábamos un poco mojados, pero el fotógrafo dijo que no importaba, que en la foto no se vería.

—Bueno —nos dijo el fotógrafo—, ¿queréis darle gusto a vuestra maestra?

Contestamos que sí, porque queremos a la maestra; es terriblemente amable cuando no la hacemos enfadar.

—Entonces —dijo el fotógrafo— vais a ocupar, como buenos chicos, vuestros puestos para la foto. Los mayores, en las cajas, los medianos, de pie, y los pequeños, sentados.

Fuimos a hacer lo que nos decía y el fotógrafo ya le estaba explicando a la maestra que con paciencia se conseguía cualquier cosa de los niños, pero la maestra no pudo escucharle hasta el final. Tuvo que venir a separarnos, porque todos queríamos ponernos en las cajas.

—¡Aquí no hay más que uno alto, y soy yo! —gritaba Eudes, y empujaba a los que querían subir a las cajas.

Como Godofredo insistía, Eudes le dio un puñetazo en la pecera y se hizo mucho daño. Tuvieron que juntarse varios para sacar la pecera de Godofredo, que se había atascado.

La maestra ha dicho que era la última advertencia, que después iríamos a aritmética; entonces nos dijimos que había que estarse quietos y comenzamos a instalarnos. Godofredo se acercó al fotógrafo.

—¿Cómo es su aparato? —preguntó.

El fotógrafo sonrió y le dijo:

—Es una caja de la que saldrá un pajarito, guapo.

—Es muy vieja su máquina —dijo Godofredo—, mi papá me regaló una máquina con parasol, visor óptico directo, teleobjetivo y, por supuesto, filtros...

El fotógrafo pareció sorprendido, dejó de sonreír y le dijo a Godofredo que volviera a su sitio.

—¿No tiene usted, al menos, célula fotoeléctrica? —preguntó Godofredo.

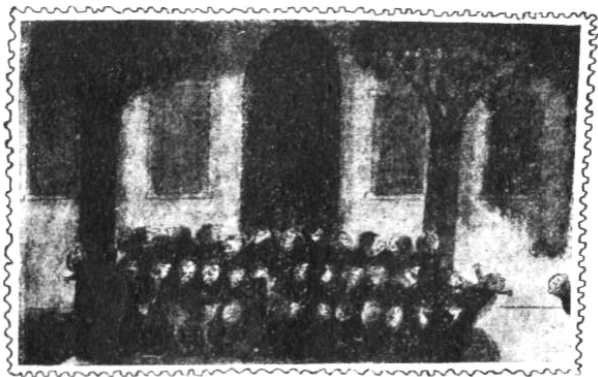
—¡Por última vez! ¡Vuelve a tu sitio! —gritó el fotógrafo, que de repente tenía una pinta muy nerviosa.

Nos instalamos. Yo estaba sentado en el suelo, al lado de Alcestes. Alcestes es un compañero mío que es muy gordo y come sin parar. Estaba mordiendo una rebanada de pan con mermelada y el fotógrafo le dijo que dejara de comer, pero Alcestes contestó que había que alimentarse.

—¡Suelta esa rebanada! —gritó la maestra, que estaba sentada justamente detrás de Alcestes.

El chillido le sorprendió tanto, que Alcestes se dejó caer la rebanada en la camisa.

—¡Atiza! ¡Me la he ganado! —dijo Alcestes, tratando de raspar la mermelada con el pan. La maestra dijo que lo único que se podía hacer era poner a Alcestes en la última fila, para que no se viera la mancha de su camisa.



*Arriba, de izquierda a derecha:* Martín (que se ha movido), Poulol, Dubéda, Coussignon, Rufo, Adalberto, Eudes, Champignac, Lefèvre, Toussaint.Charlier. Sarigaul.

*En el centro:* Pablo Bojojof, Jacobo Bojojor, Marquou, Lafontan, Lebrun, Dubos. Delmont, de Fontagnès, Martineau, Godofredo, Mespoulet , Falot, Lafageon.

*Sentados:* Rignon, Guyot, Anibal, Croutsef, Berges. la maestra, Agnan, Nicolás, Faribol, Grosini, González, Pichenet, Alcestes y Mouchevin (que acaba de ser expulsado).

—Eudes —dijo la maestra—, deje su sitio a su compañero,

—No es mi compañero —dijo Eudes—; no le dejaré mi sitio, y lo que puede hacer es ponerse de espaldas a la foto; así no se verá la mancha ni su gorda cara.

La maestra se enfadó y le puso a Eudes en castigo la conjugación del verbo: «Yo no debo negarme a ceder mi sitio a un compañero que se ha tirado en la camisa una tostada de mermelada.» Eudes no dijo nada, bajó de su caja y vino a primera fila, mientras Alcestes iba a la última fila. Se armó algo de desorden, sobre todo cuando Eudes se cruzó con Alcestes y le dio un puñetazo en la nariz. Alcestes quiso darle una patada a Eudes, pero Eudes la esquivó (es muy ágil), y quien recibió la patada fue Agnan, felizmente en un sitio donde no lleva gafas. Eso no le impidió echarse a llorar y a chillar que no veía nada, que nadie lo quería y que le gustaría morirse. La maestra lo consoló, lo sonó, lo repeinó y castigó a Alcestes, que debe escribir

cien veces: «Yo no debo pegar a un camarada que no busca camorra y que lleva gafas.»

—¡Muy bien hecho! —dijo Agnan.

Entonces la maestra le dio a él unas líneas para escribir. Agnan se quedó tan asombrado que ni siquiera lloró. La maestra empezó a distribuir castigos a diestro y siniestro; todos teníamos montones de líneas para hacer y, por último, la maestra nos dijo:

—Y ahora vais a decidiros a estaros quietos. Si sois buenos, levantaré todos los castigos. ¡Vamos, poneos bien, una bonita sonrisa y el señor nos sacará una hermosa fotografía!

Como no queríamos apenar a la maestra, obedecimos. Todos sonreímos y nos colocamos bien.

Pero falló el recuerdo que nos gustaría toda nuestra vida, porque nos dimos cuenta de que el fotógrafo ya no estaba allí. Se había marchado sin decir nada.



## Los cow-boys

Invité a mis compañeros a venir esta tarde a casa para jugar a los *cow-boys*. Llegaron con todas sus cosas. Rufo se había puesto el traje de agente de policía que le había regalado su papá, con el kepis, las esposas, el revólver, la porra blanca y el silbato; Eudes llevaba un viejo sombrero de *boy-scout* de su hermano y un cinturón con montones de cartuchos de madera y dos fundas, en las que había unos revólveres terribles con las culatas hechas de la misma clase de hueso que la polvera que papá le compró a mamá después de que discutieron por culpa del asado que estaba demasiado hecho, pero mamá decía que era porque papá había llegado tarde. Alcestes iba de indio, tenía un hacha de madera y plumas en la cabeza, parecía

un enorme pollo; Godofredo, a quien le encantaba disfrazarse y que tiene un padre muy rico que le da todo lo que quiere, estaba vestido completamente de *cow-boy*, con pantalones de borrego, un chaleco de cuero, una camisa de cuadros, un gran sombrero, revólveres de pistones y espuelas con unas puntas terribles. Yo tenía una máscara negra que me habían regalado en Carnaval, mi fusil de flechas y un pañuelo rojo alrededor del cuello, que es un viejo pañuelo de mi mamá. ¡Molábamos en cantidad!

Estábamos en el jardín y mamá nos había dicho que nos llamaría para merendar.



—Bueno —dije yo—, vamos a ver: yo soy el bueno y tengo un caballo blanco, y vosotros sois los bandidos, pero al final gano yo.

Los otros no estaban de acuerdo, lo cual es un rollo; cuando uno juega solo no se divierte, y cuando no se está solo, los demás arman un montón de discusiones.

—¿Por qué no voy a ser yo el bueno? —dijo Eudes—, y, además, ¿por qué no voy a tener un caballo blanco también yo?

—Con una cabeza como la tuya no puedes ser el bueno —dijo Alcestes.

—¡Tú, indio, cállate o te pego una patada en la rabadilla! —dijo Eudes, que es muy fuerte y al que le gusta mucho dar puñetazos en la nariz de los compañeros, y lo de la rabadilla me extrañó; pero es cierto que Alcestes parecía un gran pollo.

—En todo caso, yo —dijo Rufo— seré el *sheriff*.

—¿El *sheriff*! —dijo Godofredo—. ¿Dónde has visto tú un *sheriff* con kepis? ¡No me hagas reír!

Eso no le gustó nada a Rufo, cuyo padre es

agente de policía.

—Mí papá —dijo— lleva kepis y no hace reír a nadie...



—¡Haría reír a todo el mundo si se vistiera así en Tejas! —dijo Godofredo. Y Rufo le pegó una bofetada, y entonces Godofredo sacó un revólver de la funda y le dijo:

—¡Lo lamentarás, Joe!

Y Rufo le dio otra bofetada y Godofredo se cayó sentado al suelo, haciendo ¡pan! con su revólver; entonces Rufo se agarró el vientre con las manos, hizo un montón de muecas, y cayó, diciendo:

—¡Me has matado, coyote! ¡Pero me

vengarán!

Yo galopaba por el jardín y me daba palmadas en el pantalón para avanzar más rápido y Eudes se me acercó.

—¡Baja de ese caballo! —dijo—. ¡El caballo blanco sólo lo tengo yo!

—¡No, señor! —le dije—. Aquí estoy en mi casa y soy yo quien tiene un caballo blanco.

Y Eudes me dio un puñetazo en la nariz. Rufo soltó un gran silbido con su silbato.

—¡Eres un ladrón de caballos! —le dijo a Eudes—. Y en Kansas City a los ladrones de caballos los colgamos...

Entonces Alcestes llegó corriendo y dijo:

—¡Poco a poco! ¡No puedes colgarlo, el *sheriff* soy yo!

—¿Desde cuándo, patoso? —preguntó Rufo.



Alcestes, al que no le gustan las peleas, cogió su hacha de madera y con el mango, ¡toc!, le dio un golpe en la cabeza a Rufo, que no se lo esperaba. Afortunadamente estaba el kepis en la cabeza de Rufo.

—¡Mi kepis! ¡Me has roto mi kepis! —gritó Rufo, y echó a correr detrás de Alcestes, mientras yo galopaba de nuevo alrededor del jardín.

—¡Eh, chicos! —dijo Eudes—. ¡Estaos quietos! He tenido una idea. Nosotros seremos los buenos, y Alcestes, la tribu de indios, y él trata de capturarnos y después coge un prisionero, pero llegamos y liberamos al prisionero y después Alcestes es vencido.

Todos estábamos a favor de esta idea, que

era realmente formidable, pero Alcestes no estaba de acuerdo.

—¿Por qué voy a hacer el indio? —dijo Alcestes.

—¡Porque tienes plumas en la cabeza, idiota! —respondió Godofredo—. Y, además, si no te gusta, no juegues; la verdad es que al final ya nos estás fastidiando.

—Muy bien. Ya que os ponéis así, no juego más —dijo Alcestes, y se fue a un rincón a enfurruñarse y a comerse unas galletas de chocolate que llevaba en el bolsillo.

—Tiene que jugar —dijo Eudes—, es el único indio que tenemos y, además, si no juega, lo desplumo.

Alcestes dijo que bueno, que sí que quería, pero a condición de ser al final un indio bueno.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Godofredo—; pero, de todas formas, ¡cómo te gusta llevar la contraria!

—¿Y quién será el prisionero? —pregunté yo.

—Bueno, será Godofredo —dijo Eudes—;

vamos a atarlo al árbol con la cuerda de tender la ropa.

—¡Eso no está bien! —dijo Godofredo—. ¿Por qué yo? No quiero ser el prisionero; ¡soy el mejor vestido de todos!

—¡A qué viene eso! —dijo Eudes—. ¡Yo no me niego a jugar aunque tengo un caballo blanco!

—¡Quien tiene el caballo blanco soy yo! —dije. Eudes se enfadó, dijo que el caballo blanco era de él y que si no me gustaba me daría otro puñetazo en la nariz.

—¡Prueba! —le dije, y lo consiguió.

—¡No te muevas, Oklahoma Kid! —gritaba Godofredo, y disparaba sin parar sus revólveres.

Rufo silbaba a todo silbar y decía:

—Siiii, soy el *sheriff*, síiii, y os detengo a todos.

Y Alcestes le dio un hachazo en el kepis, diciendo que lo hacía prisionero, y Rufo se enfadó porque su silbato había caído en la hierba; yo lloraba y le decía a Eudes que estaba



en mi casa y que no quería volver a verlo; todos gritaban, era estupendo; nos lo pasábamos fenomenal, terrible.

Y después papá salió de casa. No tenía una pinta muy satisfecha.

—¡Eh, chicos! ¿Qué es todo este barullo? ¿Es que no sabéis divertirnos tranquilamente?

—La culpa es de Godofredo, señor; no quiere ser el prisionero —dijo Eudes.

—¿Quieres que te pegue una torta? —preguntó Godofredo, y empezaron a pegarse, pero papá los separó.

—Vamos, niños, voy a enseñaros cómo hay que jugar —dijo—. ¡Yo seré el prisionero!

¡Estábamos realmente encantados! ¡Es estupendo mi papá! Atamos a papá al árbol con la cuerda de la ropa y en cuanto acabamos vimos al señor Blédurt saltar el seto del jardín.

El señor Blédurt es nuestro vecino y le encanta tomarle el pelo a papá.

—Yo también quiero jugar, ¡seré el piel roja!  
¡Toro de Pie!

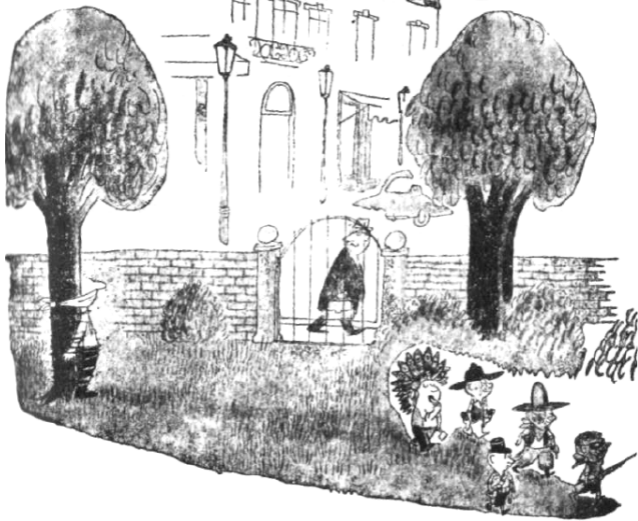
—¡Sal de aquí, Blédurt, nadie te ha llamado!

El señor Blédurt era formidable; se puso delante de papá con los brazos cruzados y dijo:

—¡Que el rostro pálido contenga su lengua!

Papá hacía esfuerzos graciosísimos para soltarse del árbol y el señor Blédurt se puso a bailar alrededor del árbol lanzando gritos. Nos habría gustado quedarnos para ver a papá y al señor Blédurt divertirse y hacer el payaso; pero no pudimos, porque mamá nos llamó a merendar, y después fuimos a mi cuarto a jugar con el tren eléctrico. Lo que yo no sabía es que a papá le gustase tanto jugar a los *cow-boys*. Cuando bajamos, por la noche, el señor Blédurt se había marchado hacía un buen rato, pero papá seguía atado al árbol, gritando y haciendo muecas.

¡Es formidable saber divertirse así, uno solo!



## El Caldo

Hoy, en la escuela, ha faltado la maestra. Estábamos en el patio, en fila, para entrar en clase, cuando el vigilante nos dijo:

—Vuestra maestra está hoy enferma.

Y después el señor Dubon, el vigilante, nos llevó a clase. Al vigilante le llaman el Caldo, cuando no está delante, claro. Le llaman así porque dice todo el tiempo: «Miradme a los ojos», y en el caldo hay ojos. Yo tampoco lo entendí en seguida, pero los mayores me lo explicaron. El Caldo tiene unos grandes bigotes y castiga con frecuencia; con él no hay que andarse con bromas. Por eso estábamos fastidiados de que viniera a vigilarnos, pero, afortunadamente, al llegar a la clase nos dijo:

—No puedo quedarme con vosotros, tengo que trabajar con el señor director, de modo que miradme a los ojos y prometedme que seréis buenos.

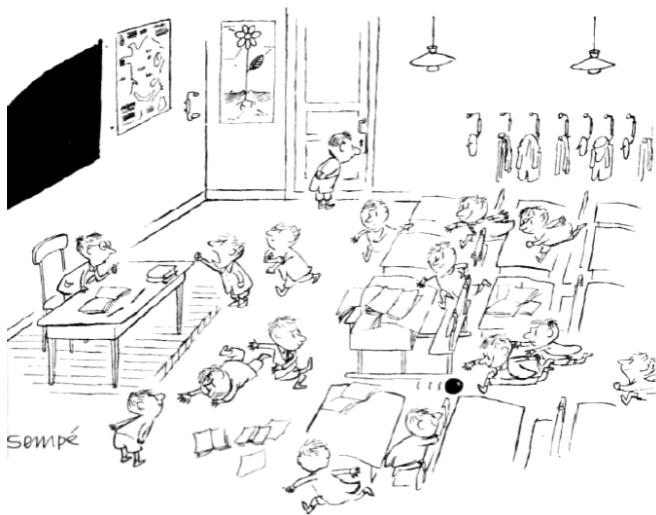
Todos nuestros montones de ojos miraron a los suyos, y se lo prometimos. Además, siempre somos bastante buenos.

Pero el Caldo no parecía fiarse mucho, y entonces preguntó quién era el mejor alumno de la clase.

—¡Soy yo, señor! —dijo Agnan, muy orgulloso.

Y es cierto. Agnan es el primero de la clase, es también el ojito derecho de la maestra y no lo queremos mucho, pero no se le puede pegar todo lo que uno quisiera por culpa de sus gafas.

—Bueno —dijo el Caldo—, vas a venir a sentarte en el sitio de la maestra y vigilarás a tus compañeros. Yo vendré de vez en cuando a ver cómo van las cosas. Repasad vuestras lecciones.



Agnan, muy contento, fue a sentarse al pupitre de la maestra y el Caldo se marchó.

—Bien —dijo Agnan—, íbamos a tener aritmética. Coged los cuadernos, que vamos a hacer un problema.

—¿Estás loco? —preguntó Clotario.

—Clotario, ¡cállese! —gritó Agnan, que

realmente parecía tomarse por la maestra.

—¡Ven a decírmelo aquí si eres hombre! —dijo Clotario, y se abrió la puerta de la clase y vimos entrar al Caldo, muy contento.



—¡Ah! —dijo—. Me quedé a escuchar detrás de la puerta. Usted, el de allá atrás, míreme a los ojos.

Clotario miró, pero lo que vio no le hizo mucha gracia.

—Va usted a conjugarme el verbo: «No debo ser grosero con un camarada que está encargado de vigilarme y que quiere mandarme hacer problemas de aritmética.»

Tras decir eso el Caldo salió, pero nos prometió que volvería.

Joaquín se ofreció para espiar al vigilante desde la puerta y todos estuvimos de acuerdo, menos Agnan, que gritaba:

—¡Joaquín! ¡A su sitio!

Joaquín le sacó la lengua a Agnan, se sentó delante de la puerta y se puso a mirar por el agujero de la cerradura.

—¿No hay nadie, Joaquín? —preguntó Clotario.

Joaquín contestó que no veía nada.

Entonces Clotario se levantó y dijo que iba a obligar a Agnan a comerse su libro de aritmética, lo cual era realmente una magnífica idea, pero no le gustó a Agnan, que gritó:

—¡No! ¡Tengo gafas!

—¡Pues vas a comértelas también! —dijo Clotario, que estaba empeñado en que Agnan se comiese algo.

Pero Godofredo dijo que no había que perder el tiempo en tonterías, que valdría más jugar a la



pelota.

—¿Y los problemas, entonces? —preguntó Agnan, que no tenía pinta muy satisfecha; pero nosotros no le hacíamos caso, y empezamos a hacernos pases, y es realmente estupendo jugar entre los bancos. Cuando sea mayor me compraré una clase, sólo para jugar en ella. Y después se oyó un grito y vimos a Joaquín sentado en el suelo sujetándose la nariz con las manos. Era el Caldo, que acababa de abrir la puerta, y Joaquín no había debido verlo venir.

—¿Qué tienes? —preguntó el Caldo, muy extrañado; pero Joaquín no contestó, hacía sólo jay, ay!, y entonces el Caldo lo cogió en brazos y se lo llevó fuera. Nosotros recogimos la pelota y volvimos a nuestros sitios.

Cuando el Caldo regresó con Joaquín, que tenía la nariz toda hinchada, nos dijo que empezaba a estar harto y que si seguíamos así ya veríamos.



—¿Por qué no siguen el ejemplo de su camarada Agnan? —preguntó—. El se porta bien.

Y el Caldo se marchó. Le preguntamos a Joaquín qué le había ocurrido y contestó que se había dormido a fuerza de mirar por el agujero de la cerradura.

—Un granjero va a la feria —dijo Agnan—; en un cesto tiene veintiocho huevos a quinientos francos la docena...

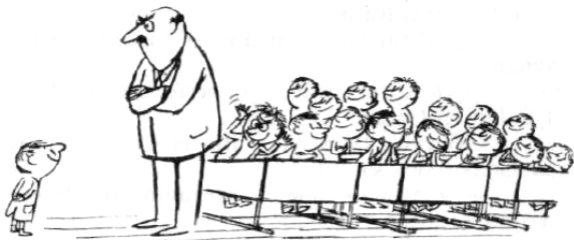
—¡Por tu culpa me di el golpe en la nariz! —

dijo Joaquín.

—¡Sí! —dijo Clotario—, vamos a hacerle comer su libro de aritmética, con el granjero, los huevos y las gafas.

Agnan, entonces, se echó a llorar; nos dijo que éramos malos y que se lo diría a sus padres y que nos harían expulsar a todos, y el Caldo abrió la puerta. Estábamos todos sentados en nuestros sitios y nadie decía nada, y el Caldo miró a Agnan, que lloraba él solito, sentado en el pupitre de la maestra.

—¡Vamos! ¿Qué pasa? —dijo el Caldo—. ¡Conque ahora es usted el que se distrae! ¡Van a volverme loco! Cada vez que vengo, hay uno nuevo haciendo el payaso. ¡Mírenme bien a los



ojos, todos! Si vuelvo otra vez y veo algo anormal, ¡los castigaré con rigor!

Y se marchó de nuevo. Nosotros nos dijimos que ya no era el momento de hacernos los graciosos, porque el vigilante, cuando no está contento, pone unos castigos poco divertidos. No nos movíamos, sólo se oía sorber por la nariz a Agnan y masticar a Alcestes, un chaval que come sin parar.

Y después se oyó un ruidito al otro lado de la puerta. Vimos que el pomo de la puerta giraba muy suavemente y después la puerta empezó a abrirse poco a poco, chirriando. Todos mirábamos y casi no respirábamos; el propio Alcestes había parado de masticar. Y de repente, alguien gritó:

—¡Es el Caldo!

La puerta se abrió y entró el Caldo, completamente rojo.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó.

—Fue Nicolás —dijo Agnan.

—¡No es cierto, cochino embustero! —y era

cierto que no era cierto; el que lo había dicho era Rufo.

—¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! —gritó Agnan, y se echó a llorar.

—¡Castigado sin salir! —me dijo el Caldo.

Entonces yo me eché a llorar, dije que «no era justo y que me iría de la escuela y que me echarían mucho de menos».

—No fue él, señor; ¡fue Agnan el que dijo el Caldo! —gritó Rufo.

—¡No fui yo quien dijo el Caldo! —gritó Agnan.

—¡Dijiste el Caldo, te oí perfectamente decir el Caldo, el Caldo!

—Bueno, ya basta —dijo el Caldo—. ¡Os quedaréis todos sin salir!

—¿Y yo, por qué? —preguntó Alcestes—. ¡Yo no he dicho el Caldo!

—No quiero volver a oír ese ridículo mote, ¿entendido? —gritó el Caldo, que tenía una pinta muy nerviosa.

—¡No me quedaré castigado! —gritó Agnan y se tiró al suelo llorando e hipando y se puso muy

rojo y después azul.

En clase casi todos gritaban o lloraban, y yo creí que también el Caldo iba a echarse a llorar, cuando entró el director.

—¿Qué ocurre Cal..., señor Dubon? — preguntó el director.

—No lo sé, señor director —contestó el Caldo—; hay uno que se revuelca por el suelo, otro que sangra por la nariz cuando abro la puerta, el resto que chilla; ¡nunca había visto cosa igual! ¡Nunca!

Y el Caldo se pasaba la mano por el pelo y sus bigotes se movían en todos los sentidos.

Al día siguiente la señorita volvió a clase, pero el Caldo no apareció.

## El fútbol

Alcestes nos citó a un montón de compañeros de clase para esta tarde en el solar, no lejos de casa. Alcestes es mi amigo, es gordo, le gusta mucho comer, y nos citó porque su papá le regaló un balón nuevo de fútbol y vamos a jugar un partido fenomenal. Es estupendo este Alcestes.

Nos encontramos en el solar a las tres de la tarde, éramos dieciocho. Hubo que decidir cómo se formarían los equipos para que hubiera el mismo número de jugadores en cada lado.

Lo del árbitro fue muy fácil. Escogimos a Agnan. Agnan es el primero de la clase, no nos gusta demasiado, pero como lleva gafas no se le

puede pegar, lo que para un árbitro es una buena ventaja. Y, además, ningún equipo quería a Agnan, porque no es muy bueno en deportes y llora fácilmente. Lo que sí hubo que discutir es cuando Agnan pidió que le dieran un silbato. El único que tenía uno era Rufo, cuyo padre es agente de policía.

—No puedo prestar mi silbato —dijo Rufo—, es un recuerdo de familia.

No había nada que hacer. Por fin se decidió que Agnan avisaría a Rufo y que Rufo pitaría en lugar de Agnan.

—¿Qué pasa? ¿Se juega o qué? Empiezo a tener hambre —gritó Alcestes.



Pero la cosa se complicó, porque si Agnan hacía de árbitro no éramos más que diecisiete jugadores, con lo que sobraba uno en el reparto.



Entonces encontramos un truco: uno sería juez de línea y agitaría una banderita cada vez que la pelota saliera del campo. Escogimos a Majencio. Un solo juez de línea no es demasiado para vigilar todo el campo, pero Majencio corre muy de prisa, tiene piernas muy largas y flacas, con grandes rodillas sucias. Majencio no quería saber nada, quería jugar al balón, y además nos dijo que no tenía bandera. Pero por fin aceptó ser juez de línea durante el primer tiempo. En cuanto a la bandera, agitaría su pañuelo, que no estaba muy limpio; claro, al salir de casa no sabía que su pañuelo iba a servir de bandera.

—Bueno, ¿vamos? —gritó Alcestes.

Después ya era fácil: sólo quedaban dieciséis jugadores.

Hacía falta un capitán en cada equipo. Pero todos querían ser capitanes. Todos salvo Alcestes, que quería ser portero, porque no le gusta correr. Nosotros estábamos de acuerdo: va bien Alcestes de portero, es muy ancho y cubre bien la portería. Pero quedaban aún quince

capitanes y había unos cuantos de más.

—¡Soy el más fuerte! —gritaba Eudes—.  
¡Debo ser capitán y daré un puñetazo en la nariz  
a los que no estén de acuerdo!

—¡El capitán soy yo! ¡Soy el mejor vestido! —



gritó Godofredo, y Eudes le dio un puñetazo en la nariz.

Pero era cierto que Godofredo estaba bien vestido; su papá, que es muy rico, le había comprado un equipo completo de futbolista, con una camiseta roja, blanca y azul.

—¡Si no me dejáis ser capitán, llamo a mi papá y os mete a todos en la cárcel! —dijo Rufo.

Yo tuve la idea de echar a suertes con una

moneda. Con dos monedas, porque la primera se perdió en la hierba y no hubo forma de encontrarla. La moneda la había prestado Joaquín y no estaba muy contento de haberla perdido; se puso a buscarla, aunque Godofredo le había prometido que su papá le mandaría un cheque para reembolsarle. Por fin se eligieron los dos capitanes: Godofredo y yo.

—Vamos, no quiero llegar tarde a merendar —gritó Alcestes—. ¿Jugamos?



Después hubo que formar los equipos. La cosa iba bastante bien con todos, salvo con

Eudes. Godofredo y yo queríamos a Eudes, porque cuando corre con el balón nadie puede pararlo. No es que juegue muy bien, pero da miedo. Joaquín estaba muy contento, porque había encontrado su moneda, y entonces se la pedimos para echarnos a suerte a Eudes, y de nuevo se perdió. Joaquín se puso otra vez a buscarla, muy enfadado, y entonces Godofredo ganó a Eudes jugándonoslo a las pajitas. Godofredo lo nombró guardameta; seguramente se dijo que nadie se atrevería a acercarse a la portería, ni mucho menos a meter dentro el balón. Eudes se pica con facilidad. Alcestes comía bizcochos, sentado entre las piedras que marcaban su portería. No tenía una pinta muy satisfecha.

—¿Qué? ¿Empezamos o no? —gritaba.

Nos dispusimos sobre el campo. Como no éramos más que siete a cada lado, aparte los porteros, no era muy fácil. En cada equipo se empezó a discutir. Había montones que querían ser delantero centro. Joaquín quería ser extremo

derecho, pero era porque la moneda había caído en aquella esquina y quería seguir buscándola mientras jugaba.

En el equipo de Godofredo la cosa se arregló pronto, porque Eudes dio montones de puñetazos y los jugadores se pusieron en sus sitios sin protestar y frotándose la nariz. ¡Pega muy duro este Eudes!

En mi equipo no conseguíamos ponernos de acuerdo hasta que Eudes dijo que vendría a darnos puñetazos en la nariz a nosotros también; entonces nos colocamos.

Agnan dijo a Rufo:

—¡Pita!

Y Rufo, que jugaba en mi equipo, pitó el comienzo del juego. Godofredo no estaba muy contento. Dijo:

—¡No vale! Nosotros tenemos el sol de frente. No veo la razón de que mi equipo juegue en el lado malo del campo.

Yo le contesté que si no le gustaba el sol, sólo tenía que cerrar los ojos, y quizá jugaría mejor

así. Entonces nos pegamos. Rufo se puso a pitar con su silbato.

—No he dado orden de pitar —gritó Agnan—, ¡el árbitro soy yo!

Eso no le gustó a Rufo, que dijo que no necesitaba permiso de Agnan para pitar, que pitaría cuando le viniera en gana, e incluso ahora mismo.

Y se puso a pitar como un loco.

—¡Eres malo, eso es lo que eres! —gritó Agnan que empezó a llorar.

—¡Eh, chicos! —dijo Alcestes desde su portería.

Pero nadie le hacía caso. Yo continuaba peleándome con Godofredo; ya le había roto su bonita camiseta roja, blanca y azul, y él decía:

—¡Bah, bah, bah! ¡No importa! ¡Mi papá me comprará montones más!

Y me daba patadas en los tobillos. Rufo corría detrás de Agnan, que gritaba: «¡Tengo gafas! ¡Tengo gafas!» Joaquín no se ocupaba de nada, buscaba su moneda, aunque seguía sin

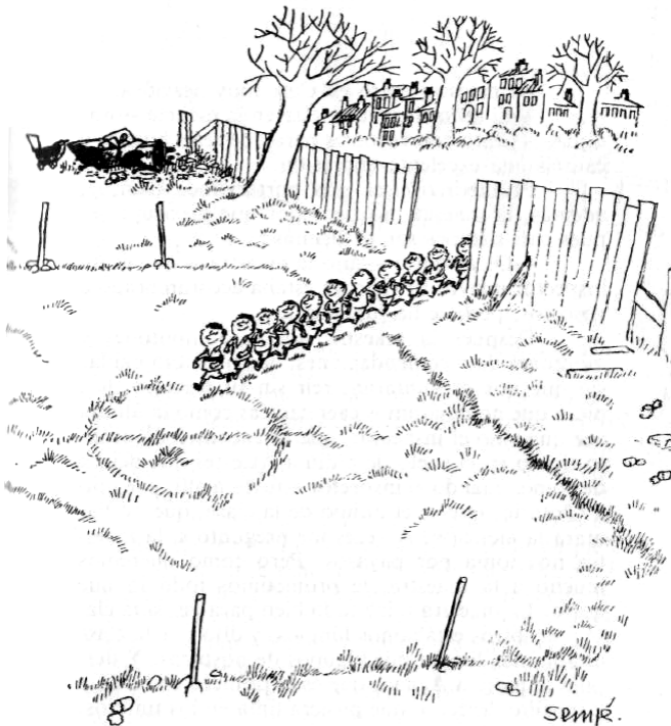
encontrarla. Eudes, que se había quedado tranquilamente en su portería, se hartó y empezó a repartir puñetazos en las narices de los que estaban más cerca de él, o sea de los de su equipo. Todos gritaban, corrían. Nos divertíamos de lo lindo, ¡era formidable!

—¡Chicos! ¡Estaos quietos! —gritó de nuevo Alcestes.

Entonces Eudes se enfadó.

—¡Tenías prisa por jugar! —le dijo a Alcestes—. ¡Pues ya estamos jugando! Si tienes algo que decir, espérate al final del primer tiempo.

—¿El primer tiempo de qué? —preguntó Alcestes—. ¡Acabo de darme cuenta de que no tenemos balón! ¡Me lo he olvidado en casa!



SEMPR.



## Vino el inspector

La maestra entró en clase muy nerviosa.

—El señor inspector está en la escuela —nos dijo—, cuento con vosotros para que seáis buenos y causéis una excelente impresión.

Prometimos que nos portaríamos bien, y, además, la maestra no tiene por qué preocuparse, pues casi siempre somos buenos.

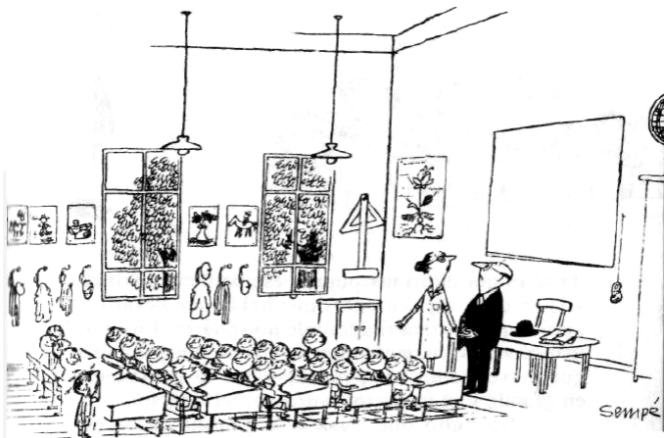
—Os advierto —dijo la maestra— que es un inspector nuevo. El viejo ya estaba acostumbrado a vosotros, pero se ha jubilado...

Después la maestra nos hizo montones y montones de recomendaciones: nos prohibió hablar sin que nos preguntaran, reír sin su permiso, nos pidió que no dejáramos caer

canicas como la última vez que vino el inspector, que se encontró de pronto tirado en el suelo; le pidió a Alcestes que dejara de comer cuando el inspector estuviera allí, y le dijo a Clotario, que es el último de la clase, que no llamara la atención. A veces me pregunto si la maestra nos toma por payasos. Pero como queremos mucho a la maestra, le prometimos todo lo que quiso. La maestra miró todo bien para ver si la clase y nosotros estábamos limpios, y dijo que la clase estaba más limpia que algunos de nosotros. Y después le pidió a Agnan, que es el primero de la clase y su ojito derecho, que pusiera tinta en los tinteros, por si el inspector quería hacernos un dictado. Agnan cogió la botella grande de tinta e iba a empezar a ponerla en los tinteros del primer pupitre, donde están sentados Cirilo y Joaquín, cuando alguien gritó: «¡Ahí viene el inspector!», y Agnan tuvo tanto miedo, que tiró la tinta por todo el pupitre. Era una bola, el inspector no venía, y la maestra se enfadó mucho.

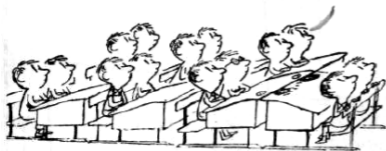
—¡Lo he visto, Clotario! —dijo—. Usted es el

autor de esa estúpida broma. ¡Castigado de pie!



Clotario se echó a llorar, dijo que si se quedaba de pie iba a llamar la atención y el inspector le preguntaría montones de cosas, y él no sabía nada y se iba a echar a llorar, y que no era una bola, que había visto pasar al inspector por el patio con el director, y como era cierto, la maestra dijo que bueno, que por esta vez se lo pasaría. Lo que era fastidioso es que el primer pupitre estaba lleno de tinta, y la maestra dijo

entonces que había que llevar ese pupitre a la última fila, donde no se viera. Pusimos manos a la obra, y era muy divertido, porque había que mover todos los pupitres y nos lo pasábamos en grande y el inspector entró con el director.



No hubo que levantarse, porque todos estábamos de pie y todos teníamos una pinta muy asombrada.

—Son los pequeños, son... son un poco distraídos —dijo el director.

—Ya veo —dijo el inspector—; sentaos, hijos...

Todos nos sentamos, y Cirilo y Joaquín quedaban de espalda al encerado, porque habíamos dado la vuelta a su pupitre para cambiarlo de sitio. El inspector miró a la maestra y le preguntó si aquellos alumnos estaban

siempre colocados así. La maestra puso la misma cara que Clotario cuando le preguntan, pero no lloró.

—Un pequeño incidente... —dijo.

El inspector no tenía pinta de estar muy contento, tenía unas gruesas cejas muy cerca de los ojos.

—Hay que tener un poco de autoridad —dijo—. Vamos, niños, pongan ese banco en su sitio.

Todos nos levantamos y el inspector se puso a gritar:

—¡No todos a la vez! ¡Sólo ustedes dos!

Cirilo y Joaquín volvieron el pupitre y se sentaron. El inspector sonrió y apoyó las manos en el pupitre.

—Bueno —dijo—, ¿qué estaban haciendo antes de que yo llegara?

—Cambiábamos el pupitre de sitio —contestó Cirilo.

—¡No hablemos más de ese pupitre! —gritó el inspector, que tenía pinta de estar muy nervioso—. Y, además, ¿por qué cambiaban ese

pupitre de sitio?

—Por culpa de la tinta —dijo Joaquín.

—¿La tinta? —preguntó el inspector, y se miró las manos, que estaban todas azules.

El inspector lanzó un gran suspiro y se secó los dedos con un pañuelo.



Vimos que el inspector, la maestra y el director no tenían pinta de andarse con bromas. Decidimos ser muy buenos.

—Tiene usted, según veo, problemas de disciplina —dijo el inspector a la maestra—; hay que emplear un poco de disciplina elemental.

Y después se volvió hacia nosotros, con una gran sonrisa, y apartó las cejas de los ojos.

—Niñitos, quiero ser amigo vuestro. No hay que tenerme miedo, sé que os gusta divertirlos y a mí también me gusta reírme. Además, mirad: ¿sabéis el chiste de los dos sordos? Un sordo le dice a otro: «¿Vas de pesca?», y el otro dice: «No, voy de pesca.» Entonces el primero dice: «Ah, bueno, creía que ibas de pesca.»

Es una lástima que la maestra nos haya prohibido reírnos sin su permiso, porque lo pasamos muy mal para aguantarnos. Voy a contarle el chiste a papá esta tarde, se morirá de risa, seguro que no lo sabe. El inspector, que no necesitaba permiso de nadie, se rió mucho, pero cuando vio que nadie decía nada en la dase, puso las cejas en su sitio, tosió y dijo:

—Bueno, ya nos hemos reído bastante. A trabajar.

—Estábamos estudiando la fábula —dijo la maestra—. *La zorra y el cuervo*.

—Perfecto, perfecto —dijo el inspector—.

Continúen, pues.

La maestra fingió buscar al azar en la clase y después señaló a Agnan con el dedo:

—Usted, Agnan, recítenos la fábula.

Pero el inspector levantó la mano.

—¿Me permite? —le dijo a la maestra, y después señaló a Clotario—. Usted, el de allí, al fondo, recíteme esa fábula.

Clotario abrió la boca y se echó a llorar.

—Pero, ¿qué le pasa? -preguntó el inspector.

La maestra dijo que había que disculpar a Clotario, que es muy tímido, y entonces le preguntaron a Rufo. Rufo es un compañero, su papá es agente de policía. Rufo dijo que él no sabía la fábula de memoria, pero que sabía más o menos de qué se trataba, y empezó a explicar que era la historia de un cuervo que llevaba en el pico un «roquefort».





—¿Un roquefort? —preguntó el inspector, que cada vez tenía una pinta más sorprendida.

—¡No! —dijo Alcestes—. Era un «camembert».

—¡Nada de eso! —dijo Rufo—. El cuervo no podría llevar el camembert en el pico, porque chorrea, y además huele mal.

—No es que huela bien, pero es riquísimo —contestó Alcestes—. Y, además, eso no quiere decir nada; el jabón huele bien y es malísimo para comer, lo probé una vez.

—¡Bah! —dijo Rufo—. ¡Eres un animal, y voy

a decirle a mi papá que le ponga un montón de multas a tu papá!

Y se pusieron a pegarse.

Todo el mundo se había levantado y gritaba, menos Clotario, que seguía llorando en su rincón, y Agnan, que se había ido al encerado y recitaba *La zorra y el cuervo*. La maestra, el inspector y el director gritaban: «¡Ya basta!» Nos lo pasamos bomba.

Cuando la cosa se paró y todos nos sentamos, el inspector sacó su pañuelo y se secó la cara, se llenó todo de tinta, y es una lástima que no tengamos derecho a reírnos, porque habrá que aguantarse hasta el recreo, y no va a ser muy fácil.

El inspector se acercó a la maestra y le estrechó la mano.

—Cuenta usted con todas mis simpatías, señorita. Nunca hasta hoy, he comprendido hasta qué punto nuestra profesión es un sacerdocio. ¡Continúe! ¡Ánimo! ¡Muy bien!

Y se marchó a toda prisa con el director.

Nosotros queremos mucho a nuestra maestra, pero ella ha sido realmente injusta. ¡Gracias a nosotros la han felicitado y nos ha castigado a todos sin salir!

## Rex

Al salir de la escuela he seguido a un perrito. Tenía pinta de perdido, el perrito, estaba completamente solo y me dio mucha pena. Pensé que el perrito estaría encantado de encontrar un amigo y las pasé moradas para atraparlo. Como el perrito no tenía pintas de morirse de ganas de venir conmigo, debía desconfiar, le ofrecí la mitad de mi bollo de chocolate, y el perro se lo comió y se puso a menear el rabo en todos los sentidos, y yo le llamé Rex, como en una película policíaca que había visto el jueves pasado.

Después del bollo, que Rex se comió casi tan deprisa como lo habría hecho Alcestes, un compañero que come sin parar, Rex me siguió

muy contento. Pensé que sería una buena sorpresa para papá y mamá cuando yo llegara con Rex a casa.

Y después le enseñaría a Rex a hacer gracias, guardaría la casa y también me ayudaría a encontrar bandidos, como en la película del jueves pasado.

Pues bien, estoy seguro de que no me creeréis: cuando llegué a casa, mamá no se puso muy contenta al ver a Rex, no se puso nada contenta. Hay que decir que parte de la culpa la tuvo Rex. Entramos en el salón y llegó mamá, me besó, me preguntó si todo había ido bien en la escuela, si no había hecho tonterías, y después vio a Rex y se puso a gritar:

—¿Dónde has encontrado a ese animal?

Yo empecé a explicar que era un pobre perrito perdido que me ayudaría a detener a montones de bandidos, pero Rex, en vez de quedarse quieto, saltó a un sillón y empezó a morder el cojín. ¡Y era el sillón donde papá no tiene derecho a sentarse, salvo si hay invitados!



Mamá continuó chillando, me dijo que me tenía prohibido traer animales a casa (y es cierto, mamá me lo prohibió la vez que llevé un ratón), que era peligroso, que ese perro podía tener la rabia, y que me daba un minuto para sacar al perro de casa.

Me las vi negras para decidir a Rex a que soltara el cojín del sillón, y además se quedó con un trozo entre los dientes; no comprendo cómo le gusta eso a Rex. Después salí al jardín, con Rex en brazos. Yo tenía muchas ganas de llorar, de

modo que eso es lo que hice. No sé si Rex estaba también triste, estaba demasiado ocupado escupiendo trocitos de lana del cojín.

Papá llegó y nos encontró a los dos sentados ante la puerta, yo llorando y Rex escupiendo.

—Bueno —dijo papá—, ¿qué pasa aquí?

Entonces le expliqué a papá que mamá no quería a Rex, y que Rex era mi amigo y yo era el único amigo de Rex, y que él me ayudaría a encontrar a montones de bandidos y que haría gracias que yo le enseñaría, y que yo era muy desgraciado, y volví a echarme a llorar un rato, mientras Rex se rascaba una oreja con la pata trasera, lo cual es terriblemente difícil de hacer; lo intentamos una vez en la escuela y el único que lo conseguía era Majencio, que tiene las piernas muy largas.

Papá me acarició la cabeza y después me dijo que mamá tenía razón, que era peligroso traer perros a casa, que pueden estar enfermos y se ponen a mordernos y después, ¡plaf!, todo el mundo se pone a babear y a estar rabioso, y que,

algún día lo aprendería en la escuela, Pasteur inventó una medicina, es un benefactor de la humanidad y se puede curar, pero hace mucho daño. Yo le contesté a papá que Rex no estaba enfermo, que le gustaba mucho comer y que era terriblemente inteligente. Papá, entonces, miró a Rex y le rascó la cabeza, como me hace a mí a veces.

—Es cierto, tiene aspecto de buena salud este perrito —dijo papá, y Rex se puso a lamerle la mano.

—Es muy mono —dijo papá, y después extendió la otra mano y dijo—: ¡La pata, dame la patita, vamos, la patita, dámela!

Y Rex le dio la patita, y después le lamió la mano, y después se rascó la oreja; estaba terriblemente ocupado este Rex. Papá se lo pasaba en grande, y después me dijo:

—Bueno, espera aquí; voy a tratar de arreglarlo con tu madre.





Y entró en la casa. ¡Es fenómeno papá! Mientras papá lo arreglaba con mamá, me divertí con Rex, que se puso a hacerme fiestas, y después, como yo no tenía nada que darle para comer, volvió a rascarse la oreja. ¡Es terrible este Rex!

Cuando papá salió de casa, no tenía pinta de estar muy contento. Se sentó a mi lado, me rascó la cabeza y me dijo que mamá no quería perros en casa, sobre todo después del asunto del sillón. Yo iba a echarme a llorar, pero tuve una idea.

—Si mamá no quiere a Rex en casa —dije—, podríamos tenerlo en el jardín.

Papá reflexionó un momento y después dijo que era una buena idea, que en el jardín, Rex no haría estropicios, y que íbamos a construirle una caseta enseguida. Yo besé a papá.

Fuimos a buscar tablas al desván y papá trajo sus herramientas. Rex se puso a comer begonias, pero es menos grave que el sillón del salón, porque tenemos más begonias que sillones.

Papá empezó a elegir las tablas.

—Ya verás —me dijo—, le vamos a hacer una caseta formidable, un verdadero palacio.

—Y después —dije—, le enseñaremos a hacer montones de gracias y guardará la casa.

—Sí —dijo papá—, lo adiestraremos para expulsar a los intrusos, a Blédurt, por ejemplo.



El señor Blédurt es nuestro vecino y a papá y

a él les encanta hacerse rabiar. ¡Lo pasábamos bomba Rex, papá y yo! La cosa se estropeó algo cuando papá gritó por culpa del martillazo que se dio en un dedo, y mamá salió de la casa.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó mamá.

Yo entonces le expliqué que habíamos decidido, papá y yo, tener a Rex en el jardín, donde no había sillones, y que papá le fabricaba una caseta y que iba a enseñarle a Rex a morder al señor Blédurt, para hacerle rabiar. Papá no decía gran cosa, se chupaba el dedo y miraba a mamá. Mamá no estaba nada contenta. Dijo que no quería ese animal en su casa.

—¡Mirad lo que ese bicho ha hecho con mis begonias!

Rex levantó la cabeza y se acercó a mamá moviendo el rabo, y después le hizo fiestas. Mamá lo miró y después se bajó y acarició la cabeza de Rex, y Rex le lamió la mano, y llamaron a la puerta del jardín.

Papá fue a abrir y entró un señor. Miró a Rex y dijo:

—¡Kikí! ¡Por fin te encuentro! ¡Te he buscado por todas partes!

—Pero, señor —preguntó papá—, ¿qué desea usted?

—¿Qué deseo? —dijo el señor—. ¡Deseo a mi perro! Kikí se escapó mientras yo le daba su paseíto y me dijeron que habían vista a un chaval traérselo para aquí.

—No es Kikí, es Rex —dije yo—. Y los dos vamos a atrapar bandidos como en la película del jueves pasado, y vamos a enseñarle a gastar bromas al señor Blédurt.

Pero Rex tenía un aspecto muy satisfecho y saltó a los brazos del señor.

—¿Quién me prueba que ese perro es suyo? —preguntó papá—. ¡Es un perro perdido!

—¿Y el collar? —contestó el señor—. ¿No ha visto usted el collar? ¡Lleva mi nombre!: Julio José Trempé, con mi dirección. ¡Me están entrando ganas de denunciarle! Ven, mi pobre Kikí, ¡ya está bien! —y el señor se marchó con Rex.



Nos quedamos muy extrañados y después mamá se echó a llorar. Entonces papá la consoló y le prometió que cualquier día de estos yo volvería a traer otro perro.

## Chocho

Hemos tenido uno nuevo en clase. Por la tarde, la maestra llegó con un niño que tenía el pelo todo rojo, pecas y los ojos azules, como la canica que perdí ayer en el recreo, pero Majencio hizo trampas.

—Niños —dijo la maestra—, os presento a un nuevo compañerito. Es extranjero y sus padres lo han metido en esta escuela para que aprenda a hablar francés. Cuento con que le ayudaréis y seréis amables con él.

Y la maestra se volvió hacia el nuevo y le dijo:

—Diles tu nombre a tus compañeros.

El nuevo no entendió lo que le decía la maestra, sonrió y vimos que tenía montones de dientes terribles.

—¡Qué suertudo! —dijo Alcestes, un chaval gordo que come sin parar—. ¡Con dientes como esos debe morder buenos bocados!

Como el nuevo no decía nada, la maestra nos dijo que se llamaba Jorge Mac Intosh.

—Yes —dijo el nuevo—, Chorches.

—Perdón, señorita —dijo Majencio—, ¿se llama Jorge o Chorches?

La maestra nos explicó que se llamaba Jorge, pero que en su lengua eso se pronunciaba Chorches.

—Bueno —dijo Majencio—, le llamaremos Yoyo.

—No —dijo Joaquín—, hay que pronunciar Chocho.

—Cállate, Choquín —dijo Majencio, y la maestra los castigó a los dos de pie.

La maestra hizo sentar a Chocho al lado de Agnan. Agnan tenía pinta de desconfiar del nuevo; como es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, tiene miedo de los nuevos, que pueden resultar primeros y ojitos



derechos. Con nosotros, Agnan sabe que puede estar tranquilo.

Chocho se sentó, sin dejar de lanzar su sonrisa llena de dientes.

—Lástima que nadie hable su lengua —dijo la maestra.

—Yo poseo ciertos rudimentos de inglés —dijo Agnan, que, todo hay que decirlo, habla muy bien.

Pero cuando Agnan sacó sus rudimentos ante Chocho, Chocho lo miró y después se echó a reír, tocándose la frente con el dedo. Agnan estaba muy picado, pero Chocho tenía razón. Luego nos enteramos de que Agnan le contó cosas sobre su sastre que era rico y sobre el jardín de su tío que era más grande que el sombrero de su tía. ¡Este Agnan está loco!

Tocaron a recreo y salimos todos, salvo Joaquín, Majencio y Clotario, que están castigados. Clotario es el último de la clase y no sabía su lección. Cuando a Clotario le preguntan, se queda siempre sin recreo.

En el patio, nos pusimos todos a rodear a Chocho. Le hicimos muchas preguntas, pero todo lo que él hacía era enseñarnos montones de dientes. Después se puso a hablar, pero no entendimos nada, sonaba «uanshuinshuen», y eso era todo.

—Lo que pasa —dijo Godofredo, que va mucho al cine— es que habla en versión original. Necesita subtítulos.

—Quizás podría traducirlo —dijo Agnan, que quería probar sus rudimentos un poco más.

—¡Bah! —dijo Rufo—. ¡Estás chalao!

Eso le gustó al nuevo, señaló a Agnan con el dedo y dijo:

—¡Aoh! ¡Chalaochalaochalao!

Estaba encantado. Agnan se marchó llorando, Agnan llora todo el tiempo. Nosotros empezamos a encontrar estupendo a Chocho, y yo le di un trozo de mi chocolate del recreo.

—¿Qué deportes se hacen en tu país? —preguntó Eudes.

Chocho, claro, no lo entendió, continuaba

diciendo «chalaochalaochalao», pero Godofredo contestó:

—¡Mira qué pregunta! Juegan al tenis. \

—¡Cara de payaso! —gritó Eudes—. ¡No estoy hablando contigo!

—¡Cara pasayaso! ¡Chalaochalaochalao! —gritó el nuevo, que tenía pinta de divertirse con nosotros.

Pero a Godofredo no le gustó la forma en que le contestó Eudes:

—¿Quién es un payaso? —preguntó; y estaba en un error, porque Eudes es muy fuerte y le encanta dar puñetazos en la nariz y no falló el que le dio a Godofredo. Cuando vio el puñetazo, Chocho dejó de decir «chalaochalaochalao» y «cara payaso». Miró a Eudes y dijo:

—¿Boxing? ¡Muy bien! —se puso los puños delante de la cara y empezó a bailar alrededor de Eudes como los boxeadores en la televisión de Clotario, porque nosotros aún no la tenemos, y a mí me gustaría que papá comprase una.

—¿Qué le ha dado? —preguntó Eudes.

—Quiere boxear contigo, gordo —contestó Godofredo, que se frotaba la nariz.

Eudes dijo «bueno» y trató de boxear con Chocho. Pero Chocho se las arreglaba mucho mejor que Eudes. Le daba un montón de golpes y Eudes empezaba a enfadarse.

—Si no deja su nariz quieta, ¿cómo queréis que pelee? —gritó.

Y ¡pam!, Chocho le dio un puñetazo a Eudes que lo hizo caer sentado. Eudes no estaba enfadado.

—¡Eres forzudo! —dijo al levantarse.

—¡Forzudo, chalao, cara payaso! —contestó el nuevo, que aprende a todo gas.



El recreo terminó y, como de costumbre, Alcestes se quejó de que no le daba tiempo de terminar los cuatro bollos rellenos de mantequilla que trae de su casa.

En clase, cuando entramos, la maestra le preguntó a Chocho si lo había pasado bien. Entonces Agnan se levantó y dijo:

—Señorita, le están enseñando palabrotas.

—¡No es cierto, cochino embustero! —gritó Clotario, que no había salido al recreo.

—¡Chalao! ¡Cara payaso! ¡Cochino embustero! —dijo Chocho, muy orgulloso.

Nosotros no decíamos nada, porque veíamos que la maestra no estaba muy contenta.

—Deberíais avergonzaros —dijo—, de aprovecharos de un camarada que ignora vuestra lengua. Y eso que os había pedido que fuerais amables, ¡pero no se puede confiar en vosotros! ¡Os portáis como pequeños salvajes, como mal educados!

—¡Chalao, cara payaso, cochino embustero, salvaje, mal educado! —dijo Chocho, que tenía

pinta de estar cada vez más encantado de aprender tantas cosas.



La maestra lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero... pero —dijo—, Jorge, ¿no hay que decir esas cosas!

—¿Lo ve, señorita? ¿Qué le decía yo? —dijo Agnan.

—Si no quieres quedarte castigado, Agnan —gritó la maestra—, ¡guárdate para ti tus

reflexiones!

Agnan se echó a llorar.

—¡Sucio chivato! —gritó alguien, pero la maestra no supo quién era, porque si no no me habría castigado. Entonces Agnan se tiró al suelo gritando que nadie lo quería, que era espantoso y que iba a morirse, y la maestra tuvo que salir con él para echarle agua en la cara y calmarlo.

Cuando volvió la maestra con Agnan, tenía pinta de cansada, pero afortunadamente sonó la campana del final de la clase. Antes de irnos, la maestra miró al nuevo y le dijo:

—Me pregunto qué van a pensar tus padres.

—Sucio chivato —contestó Chocho, dándole la mano.

La maestra no tenía por qué inquietarse, pues los padres de Chocho debieron de pensar que había aprendido todo el francés que necesitaba.

La prueba es que Chocho no volvió más a la escuela.



## **Un ramo de flores fenómeno**

Es el cumpleaños de mi mamá y he decidido comprarle un regalo como todos los años, desde el año pasado, porque antes yo era demasiado pequeño.

Cogí las monedas que tenía en mi hucha y afortunadamente había muchas, porque da la casualidad de que mamá me dio dinero ayer. Ya sabía yo el regalo que iba a hacerle a mamá: flores para poner en el gran jarrón azul del salón, un ramo terrible, muy, muy grande.

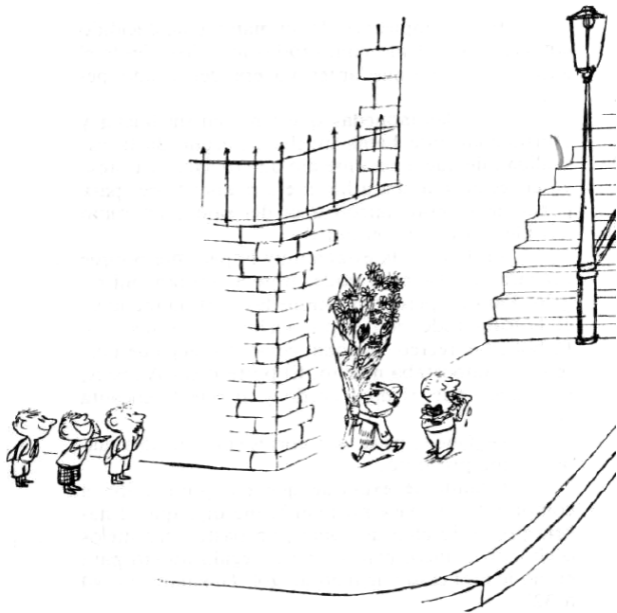
En la escuela estaba muy impaciente porque acabara la clase para poder irme a comprar mi regalo. Para no perder mis monedas, metí la mano en el bolsillo todo el tiempo, incluso para jugar al fútbol en el recreo, aunque, como no

juego de portero, no importaba mucho. El portero era Alcestes, un chaval que es muy gordo y al que le encanta comer.

—¿Qué te pasa, que corres con una sola mano? —me preguntó.

Cuando le expliqué que era porque iba a comprar flores para mi mamá, me dijo que él habría preferido algo de comer, un pastel, caramelos o chorizo blanco, pero como el regalo no era para él, no le hice caso y le metí un gol. Ganamos por 44 a 32.

Cuando salimos de la escuela, Alcestes me acompañó a la florería comiéndose la mitad del bollo de chocolate que le quedaba de la clase de gramática. Entramos en la tienda, puse todas mis monedas en el mostrador, y le dije a la señora que quería un gran ramo de flores para mi mamá, pero no de begonias, porque hay montones en nuestro jardín y no vale la pena irnos a comprar fuera.



—Queríamos algo que estuviera bien —dijo Alcestes, y se fue a meter la nariz en las flores que había en el escaparate, para ver cómo olían.

La señora contó mi dinero y me dijo que no podía darme muchas, muchas flores. Como yo

tenía pinta de fastidiado, la señora me miró, me dijo que yo era un niño muy mono, me dio unas palmaditas en la cabeza y después me dijo que iba a arreglar la cosa. La señora eligió flores por aquí y por allá, y después puso un montón de hojas verdes, y eso le gustó a Alcestes, porque dijo que esas hojas se parecían a las verduras que se ponen en el puchero. El ramo era fenómeno y muy grande, la señora lo envolvió en un papel transparente que hacía ruido y me dijo que tuviera cuidado al llevarlo. Como yo tenía mi ramo y Alcestes había acabado de oler las flores, le di las gracias a la señora y salimos.

Estaba muy contento con mi ramo cuando nos encontramos con Godofredo, Clotario y Rufo, tres compañeros de clase.

—¡Mirar a Nicolás! —dijo Godofredo—. ¡Qué cara de cernícalo tiene con esas flores!

—Tienes suerte de que lleve las flores —le dije—, porque si no te ganabas una bofetada.

—Dame a mí las flores —me dijo Alcestes—, me encantaría sostenértelas mientras le das la

bofetada a Godofredo.



Entonces le di el ramo a Alcestes y Godofredo me dio una bofetada. Nos pegamos y después yo dije que se me hacía tarde, y entonces paramos. Pero tuve que quedarme aún un rato, porque Clotario dijo:

—¡Mirar a Alcestes! ¡Ahora es él quien tiene pinta de cernícalo con esas flores!

Entonces Alcestes le dio un golpazo en la cabeza con el ramo.

—¡Mis flores! —grité yo—. ¡Vais a romperme mis flores!

¡Y era cierto! Alcestes daba montones de golpes con mi ramo y las flores volaban por todas

partes porque el papel se había roto, y Clotario gritaba: «¡No me haces daño! ¡No me haces daño!»

Cuando Alcestes paró, Clotario tenía la cabeza cubierta con las hojas verdes del ramo, y es cierto que se parecía una barbaridad a un puchero. Yo empecé a recoger mis flores y les decía a mis compañeros que eran malos.



—¡Es verdad! —dijo Rufo—. ¡No está bien lo que habéis hecho con las flores de Nicolás!

—¿Y a ti quién te ha llamado? —contestó

Godofredo, y empezaron a darse de bofetadas.

Alcestes se había marchado por su lado, porque la cabeza de Clotario le había dado hambre y no quería llegar tarde a cenar.

Yo me marché con mis flores. Faltaban algunas, ya no había verduras ni papel, pero aún resultaba un bonito ramo; después, más lejos, encontré a Eudes.

—¿Juegas una partida de bolas? —me preguntó Eudes.

—No puedo, tengo que volver a casa para darle estas flores a mi mamá —le contesté.

Pero Eudes me dijo que aún era temprano y además a mí me gusta mucho jugar a las bolas, juego muy bien, apunto y ¡bang!, casi siempre gano. Entonces dejé las flores en la acera y empecé a jugar con Eudes, y es estupendo jugar a las bolas con Eudes, porque pierde a menudo. El fastidio es que cuando pierde no está muy contento y me dijo que yo hacía trampas y le dije que era un mentiroso, entonces me empujó y me caí sentado en el ramo, y eso no fue muy bueno

para las flores.

—Le diré a mamá lo que has hecho con sus flores —le dije a Eudes, y Eudes se quedó muy fastidiado.

Entonces me ayudó a escoger las flores que estaban menos aplastadas. Yo quiero bastante a Eudes, es un buen compañero.

Volví a echar a andar, mi ramo ya no era tan gordo, pero las flores que quedaban podían pasar; una de las flores estaba un poco aplastada, pero las otras dos estaban muy bien. Y entonces vi llegar a Joaquín en su bici. Joaquín es un compañero de escuela que tiene una bici.

En ese momento decidí no pegarme, porque si continuaba peleándome con todos los amiguetes que encontrara en la calle, pronto no me quedarían flores para darle a mi mamá. Y, además, después de todo, no les importa nada a los compañeros si yo quiero o no regalarle flores a mi mamá, estoy en mi derecho y además yo creo que están celosos, simplemente, porque mi mamá va a estar encantada y me va a dar un



buen postre y va a decir que soy muy amable y, además, ¿por qué tienen todos que meterse conmigo?

—¡Hola, Nicolás! —me dijo Joaquín.

—¿Qué le pasa a mi ramo? —le grité a Joaquín—. ¡Cernícalo serás tú!

Joaquín paró su bicicleta, me miró con los ojos muy abiertos y me preguntó:

—¿Qué ramo?

—¡Este! —le contesté, y le tiré las flores a la cara.

Oreo que Joaquín no se esperaba eucouttarse con las flores en la cara, y en cualquier caso no le gustó. Tiró las flores a la calle y cayeron en el techo de un coche que pasaba, y se marcharon con el coche.

—¡Mis flores! —grité—. ¡Las flores de mi mamá!

—No te preocupes —me dijo Joaquín—, cojo la bici y alcanzo al coche.



Es muy amable Joaquín, pero no pedalea muy deprisa, sobre todo cuando hay cuestas, aunque se entrena para la Vuelta a Francia, que ganará cuando sea mayor. Joaquín regresó y me dijo que no había podido alcanzar al coche, que lo había dejado atrás en un puerto. Pero me traía una flor que había caído del techo del auto. Mala suerte, era la que estaba aplastada.

Joaquín se marchó a toda prisa; para ir a su casa todo es cuesta abajo, y yo regresé a casa con mi flor, toda arrugada. Tenía como una gran bola en la garganta. Como cuando llevo mi boletín de notas a casa con ceros dentro.

Abrí la puerta y le dije a mamá: «¡Feliz

cumpleaños, mamá!», y me eché a llorar. Mamá miró la flor con aire un poco asombrado, y después me cogió en brazos y me besó montones y montones de veces, dijo que nunca había recibido un ramo tan bonito y puso la flor en el jarrón azul del salón.

¡Diréis lo que queráis, pero mi mamá es estupenda!

## Las notas

Esta tarde, en la escuela, no anduvimos con bromas, porque el director vino a clase a distribuir las notas. No tenía una pinta muy satisfecha el director, cuando entró con nuestros boletines bajo el brazo.

—Llevo muchos años en la enseñanza —dijo el director— y nunca he visto una clase tan distraída. Las observaciones que su maestra ha escrito en los boletines dan fe de ello. Voy a empezar a distribuir las notas.

Y Clotario se echó a llorar. Clotario es el último de la clase y todos los meses la maestra escribe en su boletín montones de cosas, y el papá y la mamá de Clotario no están muy contentos y lo dejan sin postre y sin televisión. Están tan

acostumbrados, me ha dicho Clotario, que una vez al mes su mamá no pone postre y su papá se va a ver la televisión a casa del vecino.

En mi boletín decía: «Alumno turbulento, a menudo distraído. Podría mejorar.» En el de Eudes decía: «Alumno despistado. Se pega con sus compañeros. Podría mejorar.» Rufo tenía: «Persiste en jugar en clase con su silbato, confiscado innumerables veces. Podría mejorar.» El único que no podía mejorar era Agnan. Agnan es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra. El director nos ha leído el boletín de Agnan: «Alumno aplicado, inteligente. Llegará lejos.» El director nos ha dicho que teníamos que seguir el ejemplo de Agnan, que éramos unos golfillos, que acabaríamos en la cárcel y que eso apenaría mucho, seguramente, a nuestros padres, que debían de tener otros proyectos para nosotros. Y después se marchó.

Nosotros estábamos bastante jorobados, porque los boletines han de firmarlos los padres y eso no siempre resulta divertido. Entonces,

cuando la campana tocó el final de la clase, en vez de correr todos a la puerta, de atropellarnos, de empujarnos y de tirarnos las carteras a la cabeza como solemos hacer, salimos muy despacito, sin decir nada. Incluso la maestra tenía pinta de triste. Nosotros no le tenemos manía a la maestra. La verdad es que este mes hicimos un poco el payaso y además Godofredo no habría debido tirar su tintero al suelo encima de Joaquín que se había caído haciendo montones de muecas porque Eudes le había dado un puñetazo en la nariz cuando era Rufo quien le había tirado del pelo a Eudes.

Por la calle no andábamos muy deprisa, arrastrando los pies. Delante de la pastelería esperamos a Alcestes, que entró a comprarse seis pastelillos de chocolate que empezó a comer de inmediato.

—Tengo que hacer provisiones, porque esta noche, de postre... —nos dijo Alcestes, y después lanzó un gran suspiro, mientras masticaba.

Hay que decir que en el boletín de Alcestes ponía: «Si este alumno pusiera tanta energía en su trabajo como en alimentarse, sería el primero de la clase, pues podría mejorar.»

El que tenía una pinta menos fastidiada era Eudes.



—Yo —dijo—, no tengo miedo. Mi papá no me dice nada, lo miro fijo a los ojos y él firma el boletín, ¡y ya está! Tiene suerte, Eudes. Cuando llegamos a la esquina, nos separamos. Clotario se marchó llorando, Alcestes, comiendo, y Rufo, pitando muy bajito en su silbato.

Yo me quedé solo con Eudes.

—Si tienes miedo de volver a tu casa, es muy fácil —me dijo Eudes—. Vente a la mía y te quedas a dormir conmigo.

Este Eudes es un buen compañero. Nos marchamos juntos y Eudes me explicaba cómo miraba a su papá a los ojos. Pero cuanto más nos acercábamos a casa de Eudes, menos hablaba. Cuando nos encontramos ante la puerta de la casa, Eudes ya no decía nada. Nos quedamos allí un momento, y después le dije a Eudes:

—¿Qué? ¿Entramos?

Eudes se rascó la cabeza y después me dijo:

—Espérame un momentito. Volveré a buscarte.

Y después Eudes entró en su casa. Había dejado la puerta entornada y entonces oí una bofetada y una voz gruesa que decía:

—¡A la cama sin postre, pequeño inútil! —y Eudes lloraba.



Creo que en lo que respecta a los ojos de su papá, Eudes no debió mirar muy bien.

Lo jorobado es que ahora yo tenía que volver a casa. Empecé a andar teniendo cuidado de no pisar las rayas de la acera, y era muy fácil porque no iba muy deprisa. Sabía perfectamente lo que me diría papá. Me diría que él siempre fue el primero de su clase y que su papá estaba orgullosísimo de mi papá, y que él traía de la escuela montones de cruces y de cuadros de honor que le gustaría enseñármelos, pero que los perdió en la mudanza cuando se casó. Y después papá me diría que yo nunca llegaría a nada, que sería pobre y que la gente diría ése es Nicolás, el que sacaba malas notas en la escuela, y me señalarían con el dedo y se morirían de risa. Después, papá me diría que se mataba a trabajar para darme una educación cuidada y para que estuviera preparado para la vida y que yo era un ingrato y que ni siquiera sufría con los disgustos que le daba a él y a mamá, y que no tomaría postre y que, en cuanto

al cine, esperaríamos al próximo boletín.

Va a decirme todo eso papá, como el mes pasado y el anterior, pero lo que es yo, ya estoy harto. Voy a decirle que soy muy desdichado, y como es así, bueno, voy a irme de casa y marcharme muy lejos y me echarán mucho de menos y no volveré en montones de años y tendré mucho dinero y papá se avergonzará de haberme dicho que nunca llegaría a nada y la gente no se atreverá a señalarme con el dedo para reírse, y con mi dinero llevaré a papá y mamá al cine y todos dirán: «Mirad, es Nicolás, que tiene montones de dinero y le paga el cine a su papá y a su mamá, aunque no fueron muy amables con él», y llevaré también al cine a la maestra y al director de la escuela, y me encontré delante de mi casa.



Pensando en todo eso y contándome historias estupendas, me había olvidado de mi boletín y había andado muy deprisa. Tenía una gran bola en la garganta y me dije que quizá valdría más que me fuera en seguida para no regresar en montones de años, pero empezaba a hacerse de noche y a mamá no le gusta que yo esté fuera cuando es tarde. De modo que entré.

En el salón, papá estaba hablando con mamá. Tenía montones de papeles ante sí, en la mesa, y no tenía una pinta muy contenta.

—¡Es increíble —decía papá— la cantidad de dinero que se gasta en esta casa! ¡Se diría que soy multimillonario! ¡Mira estas facturas! ¡Esa factura del carnicero! ¡Y la de la tienda de ultramarinos! ¡Oh, claro; quien tiene que buscar el dinero soy yo!

Mamá tampoco estaba muy contenta y le decía a papá que no tenía ni idea de lo cara que estaba la vida, y que un día debería ir con ella a hacer la compra y que ella volvería a casa de su madre y que no había que discutir esas cosas delante del niño. Yo, entonces, le di el boletín a papá. Papá lo abrió, lo firmó y me lo devolvió, diciendo:

—El niño no tiene nada que ver con eso. ¡Lo único que pido es que se me explique por qué la pierna de cordero cuesta semejante precio!

—Sube a jugar a tu cuarto, Nicolás —me dijo mamá.

—Eso es, eso es —dijo papá.

Subí a mi cuarto, me acosté en la cama y me eché a llorar.

¡La verdad es que si mi papá y mi mamá me quisieran, se ocuparían algo más de mí!

## Luisita

No me puse muy contento cuando mamá me dijo que una amiga suya vendría a tomar el té con su hijita. A mí no me gustan las niñas. Son bobas, no saben jugar más que a las muñecas y a las tiendas y lloran todo el tiempo. Claro que yo también lloro a veces, pero es por cosas graves, como la vez que se rompió el jarrón del salón y papá me regañó, y era una injusticia porque no lo había hecho a propósito, y además, ese jarrón era feo y ya sé perfectamente que a papá no le gusta que juegue a la pelota en casa, pero afuera llovía.

—Has de ser amable con Luisita —me dijo mamá—, es una niñita encantadora y quiero que le demuestres que eres bien educado.

Cuando mamá quiere demostrar que soy bien educado, me viste con el traje azul y la camisa blanca y tengo pinta de payaso. Le dije a mamá que prefería ir al cine con mis compañeros a ver una película de vaqueros, pero mamá puso cara de no tener ganas de bromas.

—Y te ruego que no seas brutal con esa niñita, si no tendrás que vértelas conmigo, ¿entendido?  
—dijo mamá.

A las cuatro, la amiga de mamá llegó con su hija. La amiga de mamá me besó, me dijo, como todo el mundo, que era un chico muy grande y me dijo también:

—Y ésta es Luisita.

Luisita y yo nos miramos. Tenía el pelo amarillo, en trenzas, ojos azules y nariz y vestido rojos. Nos dimos los dedos, muy deprisa. Mamá sirvió el té y la cosa estaba muy bien, porque cuando hay gente a tomar el té, hay pasteles de chocolate y se puede repetir dos veces. Durante la merienda, Luisita y yo no dijimos nada. Comimos y nos miramos. Cuando acabamos,

mamá dijo:

—Y ahora, niños, ir a divertirnos. Nicolás, lleva a Luisita a tu cuarto y enséñale tus bonitos juguetes.

Mamá dijo eso con una gran sonrisa, pero al mismo tiempo me ponía esa cara con la que más vale no andarse con bromas. Luisita y yo fuimos a mi cuarto y allí yo no sabía qué decirle. Fue Luisita la que habló, me dijo:

—Tienes pinta de mico.

La cosa no me gustó y entonces le contesté:

—¡Y tú eres sólo una niña!

Y ella me dio una bofetada. Me entraron muchas ganas de echarme a llorar, pero me contuve, porque mamá quería que fuera bien educado, y entonces le tiré de una de las trenzas a Luisita y ella me dio una patada en el tobillo. Entonces no tuve más remedio que decir «¡ay, ay!», porque me dolía. Iba a darle una bofetada cuando Luisita cambió de conversación y me dijo:



—¿Qué? ¿Me enseñas esos juguetes?



Iba a decirle que eran juguetes de niño, cuando ella vio mi oso de peluche, el que yo había afeitado a medias una vez con la maquinilla de papá. Lo afeité sólo a medias porque la maquinilla de papá no aguantó más.

—¿Juegas a las muñecas? —me preguntó Luisita, y después se echó a reír. Yo iba a tirarle de una trenza y Luisita levantaba la mano para darme una torta, cuando se abrió la puerta y entraron nuestras dos mamás.

—¿Qué, niños? —dijo mamá—, ¿lo estáis pasando bien?

—¡Oh, sí, señora! —dijo Luisita, con los ojos muy abiertos, y después movió sus párpados muy de prisa y mamá la besó, diciendo:

—¡Adorable! ¡Es adorable! ¡Qué monada de niña!

Y Luisita movía los párpados a todo mover.,

—Enséñale a Luisita tus libros ilustrados —me dijo mamá, y la otra mamá dijo que éramos dos monadas, y se marcharon.

Yo saqué mis libros del armario y se los di a Luisita, pero ni los miró y los tiró al suelo, incluso el que tiene montones de indios y que es formidable.

—No me interesan tus libros —me dijo Luisita—, ¿no tienes nada más divertido?

Y después miró en el armario y vio mi avión, ese fenómeno, que tiene un elástico, que es rojo y que vuela.

—¡Deja eso! —le dije—. ¡No es para niñas! ¡Es mi avión!

Y traté de quitárselo, pero Luisita se apartó.

—Soy la invitada —dijo—, y tengo derecho a jugar con todos los juguetes, y si no estás de acuerdo, llamo a mi mamá y ya veremos quién tiene razón.

Yo no sabía qué hacer, no quería que me rompiera mi avión, pero no tenía ganas de que llamara a su mamá, porque iba a ser un lío. Mientras me quedaba quieto, pensando, Luisita hizo girar la hélice para tensar la goma y después soltó el avión. Lo soltó por la ventana de mi cuarto que estaba abierta, y el avión se marchó.



—¡Mira lo que has hecho! —grité—. ¡Mi avión se ha perdido! —y me eché a llorar.

—No se ha perdido tu avión, animal —me dijo Luisita—; mira, ha caído en el jardín, no hay más que ir a buscarlo.

Bajamos al salón y le pregunté a mamá si podíamos salir a jugar al jardín y mamá dijo que hacía demasiado frío, pero Luisita empezó a mover los párpados y dijo que quería ver las lindas flores. Entonces mi mamá dijo que era una monada de niña y dijo que nos abrigáramos bien para salir. Tengo que aprender eso de los párpados, ¡el truco tiene pinta de funcionar estupendamente!

En el jardín, recogí el avión, que afortunadamente no tenía nada, y Luisita me dijo:

—¿Qué hacemos?

—No sé —le dije—, querías ver las flores...  
Míralas, hay montones allí.

Pero Luisita me dijo que le importaban un pepino mis flores y que eran espantosas. Tenía muchas ganas de pegarle en la nariz a Luisita, pero no me atreví porque la ventana del salón da al jardín, y en el salón estaban las mamás.

—No tengo juguetes aquí —dije—, salvo el balón de fútbol en el garaje.



SOMPE

Luisita me dijo que era una buena idea. Fuimos a buscar el balón y yo estaba muy fastidiado, tenía miedo de que mis compañeros me vieran jugando con una niña.

—Vas a ponerte entre los árboles —me dijo Luisita— y tratar de parar el balón.

Me hacía reír Luisita, pero después tomó carrerilla y ¡bum!, ¡un chut fenomenal! No pude parar la pelota y rompió el cristal de la ventana del garaje.

Las madres salieron corriendo de la casa. Mi mamá vio la ventana del garaje y comprendió en seguida.

—¡Nicolás! —me dijo—. En vez de jugar a juegos brutales valdría más que te ocuparas de tus invitados, sobre todo cuando son tan

simpáticos como Luisita.

Yo miré a Luisita, estaba algo más lejos, en el jardín, oliendo las begonias.



Por la noche me quedé sin postre, pero eso no importa, es estupenda Luisita, y cuando seamos mayores, nos casaremos.

¡Lanza unos chuts terribles!

## Ensayamos para el ministro

Nos hicieron bajar a todos al patio, y el director vino a hablarnos:

—Queridos niños —dijo—, tengo el gusto de anunciaros que, con motivo de su paso por nuestra ciudad, el señor ministro nos hará el honor de venir a visitar esta escuela. Quizá no ignoráis que el señor ministro es un antiguo alumno de la escuela. Es un ejemplo para vosotros, un ejemplo que prueba que trabajando bien es posible aspirar a los más elevados destinos. Quiero que el señor ministro reciba aquí una acogida inolvidable, y cuento con vosotros para ayudarme.

Y el director castigó a Clotario y a Joaquín porque se estaban peleando.

Después el director reunió a todos los

profesores y vigilantes a su alrededor, y les dijo que tenía ideas formidables para recibir al ministro. Para empezar, íbamos a cantar todos *La Marsellesa*, y luego después, tres de los pequeños se adelantarían con flores y darían las flores al ministro. La verdad es que el director tiene ideas estupendas, será una gran sorpresa para el ministro recibir flores, seguramente no se lo espera. Nuestra maestra tenía pinta de inquieta, y yo me pregunto por qué. Me parece que la maestra está nerviosa esta última temporada.

El director dijo que íbamos a empezar en seguida el ensayo, y nos pusimos la mar de contentos, porque no íbamos a ir a clase. La señorita Vanderblergue, que es la profesora de canto, nos hizo cantar *La Marsellesa*. Parece que la cosa no salió muy bien, aunque hacíamos bastante ruido. La verdad es que nosotros estábamos más adelantados que los mayores. Ellos aún iban por «el día de gloria que ha llegado» y nosotros ya estábamos en el segundo



«estandarte sangriento que se ha alzado», salvo Rufo, que no se sabe la letra y hacía «lalala», y Alcestes, que no cantaba porque se estaba comiendo un «croissant». La señorita Vanderblergue hizo grandes gestos con el brazo para que nos calláramos, pero en vez de regañarles a los mayores, que iban con retraso, nos regañó a nosotros que les habíamos ganado, y eso es una injusticia. Quizá lo que encolerizó a la señorita Vanderblergue es que Rufo, que canta con los ojos cerrados, no había visto que tenía que pararse y continuó haciendo «lalala». Nuestra maestra habló con el director y con la señorita Vanderblergue, y después el director nos dijo que cantarían sólo los mayores y que los pequeños haríamos como si cantáramos. Ensayamos y la cosa salió muy bien, pero había menos ruido y el director le dijo a Alcestes que no valía la pena hacer semejantes muecas para fingir que se canta, y Alcestes le contestó que no fingía cantar, que masticaba, y el director lanzó un gran suspiro.

—Bueno —dijo el director—, después de *La Marsellesa*, se adelantarán tres de los pequeños.

El director nos miró y después escogió a Eudes, a Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, y a mí.

—Lástima que no sean niñas —dijo el director—, podríamos vestirlas de azul, blanco y rojo, o por lo menos, también se hace a veces, ponerles un lazo de color en el pelo. El efecto es estupendo.

—Si me ponen un lazo en el pelo, ¡me los como! —dijo Eudes.

El director volvió la cabeza en seguida y miró a Eudes con un ojo muy grande y otro pequeño, porque había bajado una ceja.

—¿Qué has dicho? —preguntó el director.

Y entonces nuestra maestra dijo muy deprisa:

—Nada, señor director, ha tosido.

—No, señorita —dijo Agnan—, yo lo he oído; dijo que...

Pero la maestra no lo dejó acabar, le dijo que no le había preguntado nada.

—Exactamente, chivato asqueroso —dijo Eudes—, nadie te ha llamado.

Agnan se echó a llorar y empezó a decir que nadie lo quería y que era muy desdichado y que se encontraba mal y que iba a hablar con su papá y que ya veríamos, y la maestra le dijo a Eudes que no hablara sin permiso, y el director se pasó la mano por la cara como para secársela y preguntó a la maestra si la conversación había terminado y si podía continuar, y la maestra se puso toda roja y le sentaba muy bien, es casi tan guapa como mamá, pero en nuestra casa es papá quien se pone rojo.

—Bueno —dijo el director—, estos tres niños se adelantarán hacia el señor ministro y le ofrecerán las flores. Necesito algo que parezca ramos de flores para el ensayo.

El Caldo, que es el vigilante, dijo:

—Tengo una idea, señor director. Vuelvo en seguida.

Y se marchó corriendo y volvió con tres plumeros. El director pareció sorprendido y luego dijo que bueno, que después de todo, para el ensayo servirían. El Caldo nos dio un plumero a cada uno, a Eudes, a Agnan, y a mí.

—Bueno —dijo el director—, ahora, niños, supongamos que yo soy el ministro, de modo que adelantaros y dadme los plumeros.

Hicimos lo que decía el director y le dimos los plumeros. El director tenía los plumeros en los brazos, cuando de pronto se enfadó. Miró a Godofredo y le dijo:

—¡Usted, allí! Lo he visto reírse. Me gustaría que nos dijera qué es lo que le divierte tanto, para que todos podamos reírnos.

—Lo que usted ha dicho, señor; la idea de poner lazos en el pelo a Nicolás, Eudes y ese asqueroso niño mimado de Agnan —respondió Godofredo—. ¡Eso es lo que me da risa!

—¿Quieres un puñetazo en la nariz? —preguntó Eudes.

—Sí —dije yo, y Godofredo me dio una

bofetada.

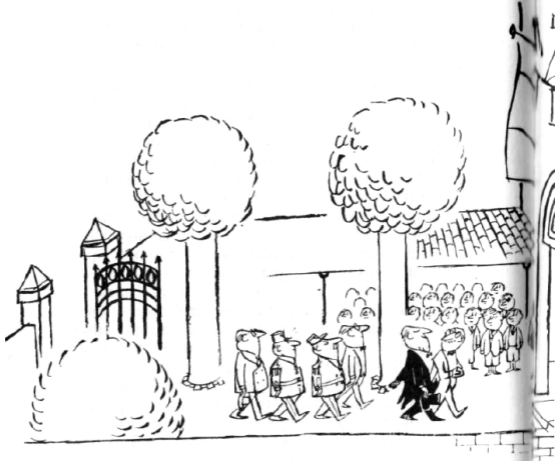
Empezamos a pegarnos y los otros compañeros también se pusieron a pelearse, salvo Agnan, que se revolcaba en el suelo gritando que no era un asqueroso niño mimado y que nadie lo quería y que su papá se quejaría al ministro. El director agitaba sus plumeros y gritaba:

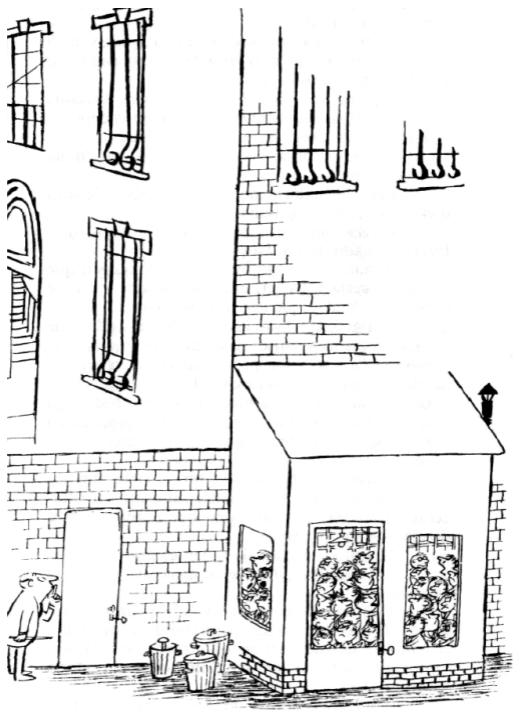
—¡Basta! ¡Basta ya!

Todos corrían por todas partes, la señorita Vanderblergue se encontraba mal, era formidable.

Al día siguiente, cuando vino el ministro, todo marchó bien, pero nosotros no lo vimos, porque nos habían metido en el lavadero y aunque el ministro hubiera querido vernos no habría podido, porque la puerta estaba cerrada con llave.

¡El director tiene cada idea!





## Yo fumo

Estaba en el jardín sin hacer nada, cuando vino Alcestes y me preguntó qué hacía y yo Le contesté:

—Nada.

Entonces Alcestes me dijo:

—Ven conmigo, tengo algo que enseñarte, vamos a pasarlo bomba.

Seguí en seguida a Alcestes, siempre lo pasamos muy bien los dos. Alcestes no sé si os lo he dicho, es un compañero que es muy gordo y come sin parar. Pero entonces no comía, llevaba la mano en el bolsillo y, mientras íbamos por la calle, miraba hacia atrás para ver si nos seguían.

—¿Qué quieres enseñarme, Alcestes? —



pregunté.

—Todavía no —me dijo.

Por último, cuando doblamos la esquina de la calle, Alcestes sacó del bolsillo un gran puro.

—Mira —me dijo—, es de verdad, ¡no de chocolate!

Que no era de chocolate, no necesitaba decírmelo, porque si el cigarro hubiera sido de chocolate, Alcestes no me lo habría enseñado, se lo hubiera comido.

Yo estaba un poco decepcionado; Alcestes me había dicho que lo íbamos a pasar bomba.

—¿Qué vamos a hacer con ese puro? pregunté.

—¡Qué pregunta! —me contestó Alcestes—. Nos lo vamos a fumar, ¡pardiez!

Yo no estaba muy seguro de que fuera una buena idea fumarse el puro, y, además, tenía la impresión de que la cosa no les gustaría a papá y a mamá, pero Alcestes me preguntó si mis padres me habían prohibido fumar puros. Yo reflexioné y tuve que confesar que papá y mamá

me han prohibido pintar en las paredes de mi cuarto, hablar en la mesa sin que me pregunten cuando hay invitados, llenar la bañera para jugar con mi barco, comer pasteles antes de cenar, batir las puertas, meterme el dedo en la nariz y decir palabrotas, pero nunca me han prohibido papá y mamá fumar puros.

—Ya lo ves —me dijo Alcestes—. De todas formas, para que no haya líos, vamos a escondernos en alguna parte donde podamos fumar tranquilamente.

Yo propuse que fuéramos al solar que hay no muy lejos de casa. Papá nunca va allí. Alcestes dijo que era una buena idea y ya íbamos a atravesar la valla para entrar al solar cuando Alcestes se dio un golpe en la frente.

—¿Tienes fuego? —me preguntó, y yo le contesté que no.

—Entonces —dijo Alcestes—, ¿cómo vamos a arreglarnos para fumar este puro?

Yo propuse que le pidiéramos fuego a un señor en la calle, he visto cómo lo hace mi papá y

es muy divertido, porque el otro señor trata siempre de encender su mechero y no puede, con el aire, y entonces le da su pitillo a papá y papá apoya su pitillo contra el del señor y el pitillo del señor queda todo arrugado y el señor no parece muy satisfecho. Pero Alcestes me dijo que si estaba mal de la cabeza, que ningún señor querría darnos fuego porque éramos demasiado pequeños. Lástima, me habría divertido arrugar el pitillo de un señor con nuestro gran puro.

—¿Y si fuéramos a comprar cerillas a un estanco? —dije.

—¿Tienes dinero? —me preguntó Alcestes.

Yo dije que podríamos cotizar como a final de año, en la escuela, para comprarle un regalo a la maestra. Alcestes se enfadó, dijo que él ponía el puro y que era justo que yo pagara las cerillas.

—¿Has pagado tú el puro? —pregunté.

—No —me dijo Alcestes—, lo encontré en un cajón del escritorio de mi padre, y como mi padre no fuma puros, nunca se enterará de que el puro ya no está allí.

—Si no has comprado el puro, no veo la razón de que yo pague las cerillas —le dije.

Por fin acepté comprar las cerillas, a condición de que Alcestes viniera conmigo al estanco; yo tenía algo de miedo de ir solo.

Entramos en el estanco y la señora nos preguntó:

—¿Qué queréis, ricos?

—Cerillas —dije yo.

—Son para nuestros papás —dijo Alcestes.

La verdad es que no fue muy astuto, porque la señora desconfió y dijo que no debíamos jugar con cerillas, que no quería vendérnoslas y que éramos unos granujas. A mí me gustaba más antes, cuando Alcestes y yo éramos «ricos».

Salimos del estanco y estábamos bien jorobados. Es difícil fumar un puro cuando uno es pequeño!

—Yo tengo un primo que es *boy-scout* —me dijo Alcestes—. Parece que le enseñan a hacer fuego frotando dos trozos de madera. Si fuéramos *boy-scouts*, sabríamos cómo hacer

para fumar el puro.

Yo no sabía que a los *boy-scouts* les enseñaban esas cosas, pero no hay que creerse todo lo que cuenta Alcestes. Yo nunca he visto a un *boy-scout* fumando puros.

—Ya estoy harto de tu puro —le dije a Alcestes—, me vuelvo a mi casa.

—Sí —dijo Alcestes—; además, empiezo a tener hambre y no quiero llegar tarde a cenar, hay bizcochos borrachos.

¡Y de repente vimos en el suelo, en la acera, una caja de cerillas! La cogimos a toda prisa y vimos que quedaba una cerilla. Alcestes estaba tan nervioso, que se olvidó de su bizcocho borracho. ¡Y para que Alcestes se olvide de un bizcocho tiene que estar enormemente nervioso!

—Vamos, pronto, ¡al solar! —gritó Alcestes.

Corrimos y pasamos la valla por donde falta una tabla. Es fenomenal el solar; vamos a menudo a jugar allí. Hay de todo: hierba, fango, adoquines, cajas viejas, latas de conservas, gatos y, sobre todo, ¡un coche! Es un coche viejo, claro, no tiene ruedas, ni motor, ni puertas, pero nos lo pasamos en grande allí dentro; hacemos «brom, brom, broom» y jugamos también al autobús: ring, ring, final del trayecto, completo. ¡Es formidable!



—Vamos a fumar al coche —dijo Alcestes.

Entramos, y cuando nos sentamos, los muelles de los asientos hicieron un ruido increíble, como el sillón del abuelo en casa de la abuela, que la abuela no quiere arreglar porque le recuerda al abuelo.



Alcestes mordió la punta del puro y la escupió. Me dijo que lo había visto hacer en una película de bandidos. Y después tuvimos mucho cuidado de no estropear la cerilla y todo salió bien. Alcestes, como el puro era suyo, era el que empezaba, chupaba haciendo un montón de ruido y salía mucho humo. La primera chupada sorprendió a Alcestes, le hizo toser y me pasó el puro. Yo también chupé y tengo que decir que la cosa no

me pareció tan buena, y también me hizo toser.

—¡No sabes! —me dijo Alcestes—. ¡Mira! ¡El humo, por la nariz!



Y Alcestes cogió el puro y trató de hacer pasar



el humo por la nariz, y eso le hizo toser una barbaridad. Yo ensayé a mi vez y me salió mejor, pero el humo me picó en los ojos. Lo pasábamos en grande.

Y allí estábamos, pasándonos el puro, cuando Alcestes me dijo:

—Me pasa algo raro, ya no tengo hambre.

Alcestes estaba verde y después, de pronto, se puso malísimo. Tiramos el puro; a mí la cabeza me daba vueltas y tenía algo de ganas de llorar.



—Me vuelvo con mi mamá —me dijo Alcestes, y se marchó sujetándose el vientre. Creo que

esta noche no comerá bizcochos borrachos.

También yo volví a casa. La cosa no iba muy bien. Papá estaba sentado en el salón, fumando su pipa, mamá hacía punto y yo me puse enfermo. Mamá estaba muy preocupada; me preguntó qué tenía, yo le dije que era el humo, pero no pude continuar el asunto del puro, porque aún me puse peor.



—¡Ya lo ves! —le dijo mamá a papá ¡Siempre te he dicho que esa pipa apestaba!

Y desde que yo me fumé el puro, papá no tiene derecho a fumar su pipa en casa.

## **Pulgarcito**

La maestra nos explicó que el director de la escuela iba a marcharse, que cogía el retiro. Para festejarlo se preparan cosas tremendas en la escuela, se va a hacer como en el reparto de premios: vendrán los papás y las mamás, se pondrán sillas en la clase grande, sillones para el director y los profesores, guirnaldas y un tablado para la representación. Los actores, como siempre, seremos nosotros, los alumnos.

Cada clase prepara algo. Los mayores harán gimnasia: se ponen todos unos encima de otros y el que está más arriba agita una banderita y todos aplauden. Hicieron eso mismo el año pasado para la distribución de premios, y era fenómeno, aunque al final se estropeó un poco lo

de la bandera, porque se cayeron todos antes de agitarla. La clase superior a la nuestra va a bailar. Irán todos vestidos de campesinos, con zuecos. Se pondrán en corro, golpearán el tablado con los zuecos, pero en vez de agitar una bandera agitarán los pañuelos, gritando: «hop-lá». También ellos lo hicieron el año pasado, estaba peor que lo de la gimnasia, pero no se cayeron. Hay una clase que va a cantar «Frère Jacques» y un antiguo alumno que recitará una felicitación y nos dirá que como el director le dio buenos consejos se ha convertido en un hombre y en secretario del Ayuntamiento.

¡Y lo nuestro va a ser formidable! La maestra nos ha dicho que íbamos a representar una obra. Una obra como en los teatros y en la televisión de Clotario, porque papá aún no ha querido comprar una.

La obra se llama «Pulgarcito y el Gato con Botas», y hoy, en clase, hacemos el primer ensayo; la maestra nos dirá qué papeles vamos a representar. Godofredo, por si acaso, vino

vestido de *cow-boy*, su papá es muy rico y le compra montones de cosas, pero a la maestra no le ha gustado mucho el disfraz de Godofredo.

—Ya te lo he advertido, Godofredo —le ha dicho—, que no me gusta que vengas disfrazado a la escuela. Además, no hay *cow-boys* en esta obra.

—¿Que no hay *cow-boys*? —preguntó Godofredo—. ¡Y llama usted a eso una obra! ¡Va a ser una birria!

Y la maestra lo castigó de pie.

La historia de la obra es muy complicada y no la he entendido muy bien cuando nos la contó la maestra. Sé que aparece Pulgarcito que busca a sus hermanos y encuentra al Gato con Botas, y aparece el marqués de Carabás y un ogro que quiere comerse a los hermanos de Pulgarcito y el Gato con Botas ayuda a Pulgarcito y el ogro es vencido y se vuelve bueno y creo que al final no se come a los hermanos de Pulgarcito, y todos están contentos y comen otra cosa.

—Veamos —dijo la maestra—, ¿quién va a

hacer de Pulgarcito?

—Yo, señorita —dijo Agnan—. ¡Es el papel principal y soy el primero de la clase!

Es cierto que Agnan es el primero de la clase, también es el preferido y un mal compañero que llora todo el tiempo y lleva gafas y no se le puede pegar por culpa de ellas.

—¡Si tú tienes cara de Pulgarcito, yo tengo cara de obispo! —dijo Eudes, un compañero, y Agnan se echó a llorar y la maestra castigó a Eudes de pie, al lado de Godofredo.

—Necesito un ogro, ahora —dijo la maestra—, ¡un ogro que tenga ganas de comerse a Pulgarcito!

Yo propuse que el ogro fuera Alcestes, porque es muy gordo y come sin parar. Pero Alcestes no estaba de acuerdo, miró a Agnan y dijo:

—¡No como de eso, yo!

Es la primera vez que veo desganado a Alcestes; la verdad es que la idea de comerse a Agnan no es muy apetitosa. Agnan se picó porque no querían comerlo.

—Si no retiras lo que has dicho —gritó Agnan—, me quejaré a mis padres y haré que te expulsen de la escuela.

—¡Silencio! —gritó la maestra—. Alcestes, tú harás la muchedumbre de los aldeanos y además serás el apuntador, para ayudar a tus compañeros durante la representación.

La idea de apuntar a los compañeros, como cuando están en el encerado, le gustó a Alcestes, se sacó una galleta del bolsillo, se la metió en la boca y dijo:

—Tá bien.

—¡Vaya manera de expresarse! —gritó la maestra—. ¿Quieres hablar correctamente?

—Tá bien, señorita —corrigió Alcestes, y la maestra lanzó un gran suspiro; estos días tiene pinta de cansada.

Para el Gato con Botas la maestra escogió primero a Majencio. Le dijo que llevaría un traje precioso, una espada, bigotes y una cola. Majencio estaba de acuerdo con lo del traje precioso, los bigotes y sobre todo con lo de la



espada, pero no quería saber nada de la cola.

—¡Pareceré un mono! —dijo.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Joaquín—. ¡Estarás muy natural!

Y Majencio le dio una patada, Joaquín le devolvió una bofetada y la maestra los castigó de pie a los dos y me dijo que el Gato con Botas sería yo y que si no me gustaba le daba igual, porque empezaba a estar harta de esta pandilla de granujas y compadecía a nuestros padres por tener que educarnos, y que si la cosa continuaba así acabaríamos en la cárcel y compadecía a los pobres guardianes.

Después de que escogió a Rufo para hacer de ogro y a Clotario para marqués de Carabás, la maestra nos dio unos papeles escritos a máquina, donde estaba todo lo que teníamos que decir. La maestra vio que había un montón de actores castigados de pie y entonces les dijo que volvieran para ayudar a Alcestes a hacer la muchedumbre de los aldeanos. Alcestes no quedó muy contento, quería hacer la

muchedumbre él solo, pero la maestra le dijo que se callara.

—Bueno —dijo la maestra—, vamos a empezar, leed bien vuestros papeles. Agnan, mira lo que vas a hacer: llegas aquí, estás desesperado, es el bosque, buscas a tus hermanos y te encuentras delante de Nicolás, el Gato con Botas. Vosotros, la muchedumbre, decís todos juntos: ¡Si es Pulgarcito y el Gato con Botas! Vamos.

Nos colocamos delante del encerado. Yo me había puesto una regla en el cinturón para fingir que era la espada y Agnan empezó a leer su papel.

—¡Mis hermanos! —decía—. ¿Dónde están mis pobres hermanos?

—¡Mis hermanos! —gritó Alcestes—. ¿Dónde estás mis pobres hermanos?

—Pero bueno, Alcestes, ¿qué haces? —preguntó la maestra.

—¿Cómo que qué? —contestó Alcestes—. Soy el apuntador, ¡pues apunto!

—Señorita —dijo Agnan—, cuando Alcestes apunta, me lanza migas de galletas a las gafas y no veo nada. ¡Me quejaré a mis padres!

Y Agnan se quitó las gafas para limpiarlas y entonces Alcestes aprovechó y le dio una bofetada.

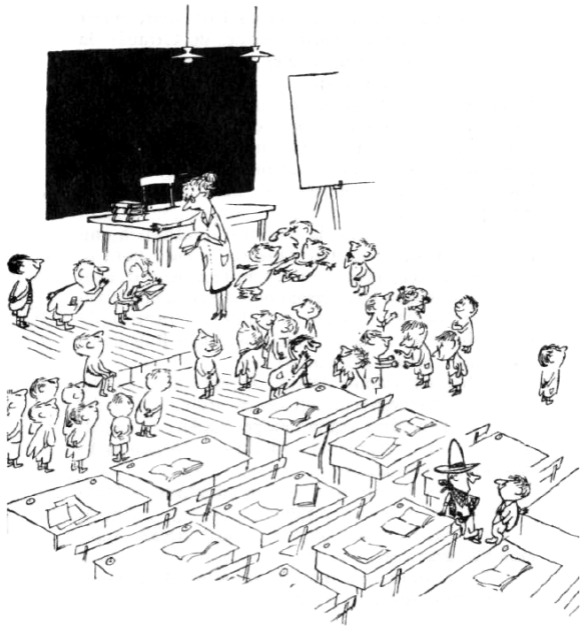
—¡En la nariz! —gritó Eudes—. ¡Dale en la nariz!

Agnan se puso a gritar y a llorar. Dijo que era muy desgraciado y que querían matarlo, y se tiró al suelo. Majencio, Joaquín y Godofredo empezaron a hacer de muchedumbre.

—¡Si es Pulgarcito —decían— y el Gato con Botas!

Yo me peleaba con Rufo. Yo tenía la regla y él una caja de lápices. El ensayo marchaba fenómeno, cuando de repente la maestra gritó:

—¡Ya basta! ¡A vuestros sitios! ¡No representaréis esta obra en la fiesta! ¡No quiero que el director vea esto!



Todos nos quedamos con la boca abierta.  
¡Era la primera vez que oíamos a la maestra  
castigar al director!

## La bici

Papá no quería comprarme una bici. Siempre decía que los niños son muy imprudentes y que quieren hacer acrobacias y rompen sus bicis y se hacen daño. Yo le decía a papá que sería prudente y luego lloraba y luego me enfurruñaba y luego decía que me iba a ir de casa, y por último papá dijo que tendría una bicicleta si estaba entre los diez primeros en el examen de aritmética.

Por eso yo ayer estaba encantado de volver de la escuela, porque era el décimo en el examen. Papá, cuando lo supo, abrió mucho los ojos y dijo:

—Hombre, muy bien, muy bien.

Y mamá me besó y me dijo que papá me

compraría en seguida una bonita bici y que estaba muy bien haber aprobado el examen de aritmética. Hay que decir que tuve mucha suerte, porque sólo estábamos once para el examen, los demás compañeros tenían la gripe y el undécimo era Clotario, que siempre es el último, pero en su caso no es grave porque ya tiene bici.

Hoy, cuando llegué a casa, vi a papá y a mamá que me esperaban en el jardín con grandes sonrisas en la boca.

—¡Tenemos una sorpresa para nuestro niño grande! —dijo mamá, y tenía ojos de guasa, y papá fue al garaje y trajo, no lo adivinaréis, ¡una bici!

Una bici roja y plata que brillaba, con un faro y un timbre. ¡Fenomenal! Yo eché a correr y después besé a mamá, besé a papá y besé la bici.

—Tienes que prometerme que serás prudente —dijo papá—, y que no harás acrobacias.

Yo lo prometí, y entonces mamá me besó, me dijo que yo era su niño grande y que iba a

preparar unas natillas de postre y se metió en casa. ¡Mi papá y mamá son los más formidables del mundo!

Papá se quedó conmigo en el jardín.

—¿Sabes? —me dijo—. Yo era un buen campeón ciclista y si no hubiera conocido a tu madre quizá me hubiera hecho profesional.

Eso no lo sabía yo. Sabía que papá había sido un campeón terrible de fútbol, de rugby, de natación y de boxeo, pero lo de la bici era nuevo.

—Voy a enseñarte —dijo papá.

Y se sentó en mi bici y empezó a dar vueltas por el jardín. Claro, la bici era demasiado pequeña para papá y tenía problemas con las rodillas que le subían hasta la cara, pero se defendía.

—¡Es uno de los espectáculos más grotescos a los que he asistido desde la última vez que te vi!

El que había hablado era el señor Blédurt, que miraba por encima del seto del jardín. El señor Blédurt es nuestro vecino, y le encanta tomarle el

pelo a papá.

—Cállate —le contestó papá—, ¡no entiendes nada de bicis!



—¿Qué? —gritó el señor Blédurt—. Has de saber, pobre ignorante, que fui campeón interregional de aficionados y que me habría hecho profesional si no hubiera conocido a mi mujer.

Papa se echó a reír.

—¿Campeón tú? —dijo papá—. ¡No me hagas reír! ¡Si casi no sabes sostenerte en un triciclo!

Eso no acabó de gustarle al señor Blédurt.

—¡Vas a ver! —dijo, y saltó por encima del



seto.

—Pásame la bici —dijo el señor Blédurt echando mano al manillar, pero papá se negaba a soltar la bici.

—Nadie te ha llamado, Blédurt —dijo papá—; ¡vuélvete a tu madriguera!

—¿Tienes miedo de que te avergüence delante de tu pobre hijo, eh? —preguntó el señor Blédurt.

—Cállate, anda, me das pena, ¡eso es lo que me das! —dijo papá.

Arrancó el manillar de las manos del señor Blédurt y volvió a dar vueltas por el jardín.

—¡Grotesco! —dijo el señor Blédurt.

—¡Esas frases de envidia no me afectan! —contestó papá.

Yo corría detrás de papá y le pregunté si podía dar una vuelta en mi bici, pero él no me escuchaba, porque el señor Blédurt se puso a gastar bromas mirando a papá y papá derrapó sobre las begonias.

—¿De qué te ríes tan estúpidamente? —

preguntó papá.

—¿Puedo dar una vuelta ahora? —dije.

—Me río porque me divierte reír —dijo el señor Blédurt.

—Es mi bici, después de todo —dije yo.

—¡Eres completamente idiota, mi pobre Blédurt! —dijo papá.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó el señor Blédurt.

—¡Sí! —contestó papá.

Entonces el señor Blédurt se acercó a papá y lo empujó, y papá cayó con mi bici en las begonias.

—¡Mi bici! —grité.

Papá se levantó y empujó al señor Blédurt, que cayó a su vez, diciendo:

—¡Vamos, atrévete!

Cuando dejaron de empujarse uno a otro, el señor Blédurt dijo:

—Tengo una idea: te echo una carrera contra reloj alrededor de la manzana. ¡Ya veremos cuál es el mejor!

—¡Ni hablar! —contestó papá—. ¡Te prohíbo

que montes en la bici de Nicolás! Además, con lo gordo que eres, le romperías la bici.

—¡Te rajas! —dijo el señor Blédurt.

—¿Rajarme? ¿Yo? —gritó papá—. ¡Vas a ver!

Papá cogió la bici y salió a la acera. El señor Blédurt y yo lo seguimos. Yo empezaba a estar harto y, además, ¡ni siquiera me había sentado en mi bici!

—Veamos —dijo papá—, cada uno dará la vuelta a la manzana y cronometraremos. El que gane, será proclamado campeón. No es más que un formalismo, porque, en mi opinión, la cosa está ganada de antemano.

—Me alegra que reconozcas tu derrota —dijo el señor Blédurt.

—¿Y yo, qué hago? —pregunté.

Papá se volvió hacia mí, muy sorprendido, como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

—¿Tú? —me dijo papá—. ¿Tú? Bueno, serás el cronometrador. El señor Blédurt te dará su reloj.

Pero el señor Blédurt no quería darme su reloj, porque decía que los niños lo rompían todo; entonces papá le dijo que era un roñoso y me dio su propio reloj, que es formidable, con una gran aguja que va muy de prisa, pero yo habría preferido mi bici.



Papá y el señor Blédurt echaron a suertes y el señor Blédurt salió el primero. Como es cierto que es bastante gordo, casi no se veía la bici y la gente que pasaba por la calle se volvía riendo para mirar al señor Blédurt. Cuando lo vimos venir por la otra esquina, el señor Blédurt estaba completamente rojo, sacaba la lengua y hacía montones de zigzags.

—¿Cuánto? —preguntó a/ llegar junto a mí.

—Nueve minutos, y la aguja grande entre el cinco y el seis —contesté yo.

Papá se puso a tomarle el pelo.

—Bueno, chaval —dijo—; contigo, la vuelta a Francia duraría seis meses.

—En vez de dedicarte a bromas infantiles —contestó el señor Blédurt, que respiraba trabajosamente—, ¡trata de mejorarlo!

Papá cogió la bici y salió.

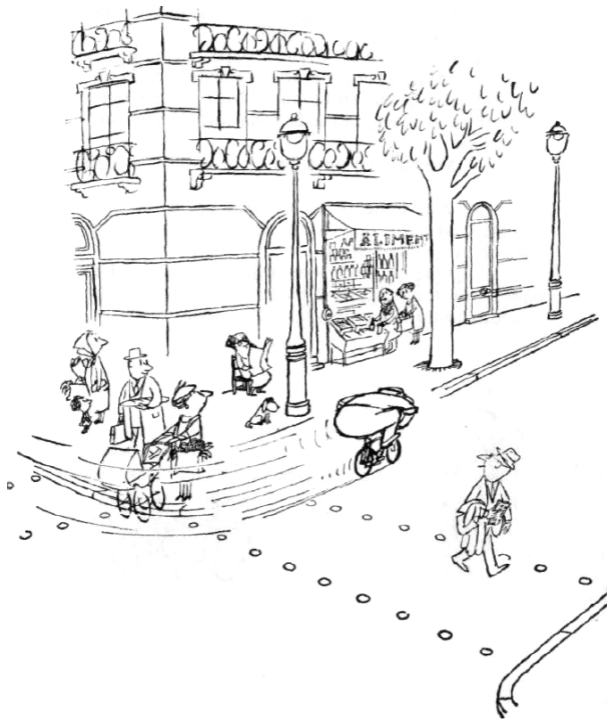
El señor Blédurt, que recuperaba su respiración, y yo, que miraba el reloj, esperábamos. Yo quería que ganara papá, claro, pero el reloj avanzaba y vimos nueve minutos, y después, en seguida, diez minutos.

—¡He ganado! ¡Soy el campeón! —gritó el señor Blédurt.

A los quince minutos aún no se veía volver a papá.

—¡Es curioso! —dijo el señor Blédurt—. Habría que ir a ver qué ha ocurrido.

Y después vimos llegar a papá. Venía a pie. Tenía el pantalón roto, llevaba el pañuelo en la nariz y sujetaba la bici en la mano. Mi bici, que



tenía el manillar al revés, la rueda toda torcida y el faro destrozado.

—¡Me metí en un cubo de la basura! —dijo papá.

Al día siguiente se lo conté en el recreo a Clotario. Me dijo que casi le había pasado lo mismo con su primera bici.

—¿Qué quieres? —me dijo Clotario—. ¡Los padres son todos iguales! Hacen el payaso y, si no te andas con ojo, rompen las bicis y se lastiman.



## **Estoy enfermo**

Me encontraba muy bien ayer, y la prueba es que me comí montones de caramelos, de bombones, de pasteles, de patatas fritas y de helados, y por la noche, me pregunto por qué, así, de repente, me puse muy malo.

El médico vino esta mañana. Cuando entró en mi cuarto lloré, más por costumbre que por otra cosa, porque conozco muy bien al médico y es terriblemente amable. Y, además, me encanta cuando pone la cabeza en mi pecho, porque está todo calvo y veo su cráneo que brilla justo debajo de mi nariz, y es divertido. El médico no se quedó mucho tiempo, me dio un cachetito en la mejilla y le dijo a mamá:

—Póngale a dieta y, sobre todo, que se quede



en cama, que descanse.

Y se marchó. Mamá me dijo:

—Ya has oído lo que dijo el médico. Espero que vas a ser muy bueno y obediente.

Yo le dije a mamá que podía estar tranquila. Es cierto, quiero mucho a mi mamá y le obedezco siempre. Vale más así, porque si no, se arman líos.

Cogí un libro y empecé a leer; era estupendo, con ilustraciones por todas partes, y hablaba de un osito que se perdía en un bosque donde había cazadores. A mí me gustan más las historias de vaqueros, pero tía Pulquería, en todos mis cumpleaños, me regala libros llenos de ositos, de conejitos, de gatitos, de toda clase de animalitos. A la tía Pulquería le debe gustar eso.

Estaba leyendo, allí donde el lobo malo iba a comerse al osito, cuando entró mamá, seguida por Alcestes. Alcestes es mi compañero, ese que es muy gordo y come sin parar.



—Mira, Nicolás —me dijo mamá—, tu amiguito Alcestes ha venido a hacerte una visita. ¿Verdad que es muy amable?

—¡Hola, Alcestes! —dije—. ¡Es fenómeno que hayas venido!

Mamá empezó a decirme que no había que decir «fenómeno» todo el tiempo, cuando vio la caja que Alcestes traía bajo el brazo.

—¿Qué llevas ahí, Alcestes? —preguntó.

—Bombones —contestó Alcestes.

Mamá entonces le dijo a Alcestes que era muy amable, pero que ella no quería que me diera los bombones, porque yo estaba a dieta. Alcestes le dijo a mamá que no pensaba darme los bombones, que los había traído para comérselos él y que si yo quería bombones no tenía más que írmelos a comprar, eso es, sin bromas. Mamá miró a Alcestes asombrada, suspiró y después salió, diciéndonos que nos portáramos bien. Alcestes se sentó al lado de mi cama y me miraba sin decir nada, comiéndose sus bombones. Me daba mucha envidia.

—Alcestes —le dije—, ¿me das bombones?

—¿No estás enfermo? —me contestó Alcestes.

—Alcestes, no eres muy fenómeno —le dije.

Alcestes me dijo que no había que decir «fenómeno» y se metió dos bombones en la boca, y entonces nos pegamos.



Mamá llegó corriendo y no parecía muy contenta. Nos separó, nos regañó y después le dijo a Alcestes que se marchara. A mí me fastidiaba ver marcharse a Alcestes, lo pasábamos bien los dos juntos, pero comprendí

que valía más no discutir con mamá, no tenía pinta de bromear. Alcestes me estrechó la mano, me dijo hasta la vista y se fue. Yo quiero mucho a Alcestes, es un buen compañero.

Cuando mamá miró mi cama se puso a gritar. Hay que decir que, al pelearnos Alcestes y yo, aplastamos algunos bombones en las sábanas, y también los había en mi pijama y en mi pelo. Mamá me dijo que yo era insoportable y cambió las sábanas, me llevó al cuarto de baño, donde me frotó con una esponja y agua de colonia, y me puso un pijama limpio, el azul de rayas. Después mamá me acostó y me dijo que no la molestara más. Me quedé solo y volví a mi libro, el del osito. El lobo malo no se comió al osito, porque un cazador mató al lobo, pero ahora había un león que quería comerse al osito, y él no veía al león, porque estaba ocupado comiendo miel. Todo eso me daba cada vez más hambre. Pensé en llamar a mamá, pero no quería que me regañara, me había dicho que no la molestara, y entonces me levanté para ir a ver si había algo bueno en la

nevera.

Había un montón de cosas buenas en la nevera. Se come bien en mi casa. Cogí en los brazos un muslo de pollo, está bueno frío, pastel de nata y una botella de leche.

—¡Nicolás! —oí gritar a mis espaldas.

Me asusté y lo solté todo. Era mamá, que había entrado en la cocina y que sin duda no se esperaba encontrarme allí. Yo lloré, por si las moscas, porque mamá tenía pinta de estar enfadadísima. Entonces mamá no dijo nada, me llevó al cuarto de baño, me frotó con la esponja y la colonia y me cambió de pijama, porque la leche y el pastel de nata habían dejado manchas en el que llevaba puesto. Mamá me puso el pijama rojo de cuadros y me mandó acostarme a toda velocidad, porque tenía que limpiar la cocina.

Cuando volví a la cama no quise coger el libro del osito al que todos querían comerse. Estaba harto de ese imbécil de oso que me hacía cometer tonterías. Pero no era nada divertido quedarme así, sin hacer nada, y entonces decidí dibujar. Fui a buscar todo lo que necesitaba al despacho de papá. No quise coger las bonitas hojas de papel blanco con el nombre de papá escrito con letras brillantes en una esquina,



porque me regañarían; preferí coger papeles donde había algo escrito por un lado y seguramente no servían ya. También cogí la pluma vieja de papá, ésa que no utiliza para nada.

Volví a toda prisa a mi cuarto y me acosté. Empecé a dibujar chismes formidables: barcos de guerra que se peleaban a cañonazos con aviones que explotaban en el cielo, castillos con montones de gente que atacaba y montones de gente que les tiraban cosas sobre la cabeza para impedirles atacar. Como hacía un rato que no armaba ruido, vino mamá a ver qué pasaba. Se puso a gritar de nuevo. Hay que decir que la pluma de papá pierde un poco de tinta, y por eso papá ya no la usa. Es muy práctica para dibujar las explosiones, pero me eché tinta por encima y también en las sábanas y la colcha. Mamá estaba enfadada y tampoco le gustaron los papeles en los que dibujaba, porque parece que lo que había escrito por el otro lado del dibujo eran cosas importantes de papá.



Mamá me hizo levantar, cambió las sábanas de la cama, me llevó al cuarto de baño, me frotó con piedra pómez, esponja y lo que quedaba en el fondo del frasco de colonia; me puso una camisa vieja de papá en vez de pijama, porque ya no quedaban pijamas limpias.



Por la tarde, el médico vino a poner la cabeza en mi pecho, yo le saqué la lengua, me dio un cachecito en la mejilla y me dijo que ya estaba curado y que podía levantarme.

Pero no tenemos mucha suerte hoy, en casa, con las enfermedades,. Al médico le pareció que mamá tenía mala cara y le dijo que se acostara y se pusiera a dieta.

## Lo pasamos bomba

Esta tarde, al ir a la escuela, me encontré con Alcestes, que me dijo:

—¿Y si no fuéramos a la escuela?

Yo le dije que no estaba bien no ir a la escuela, que la maestra no se pondría muy contenta, que papá me había dicho que había que trabajar si se quería triunfar en la vida y ser aviador, que eso apenaría a mamá y que no estaba bien mentir. Alcestes me contestó que esta tarde teníamos aritmética, y entonces dije «bueno» y no fuimos a la escuela.

En vez de ir hacia la escuela nos marchamos corriendo en dirección opuesta. Alcestes se puso a resoplar y no conseguía seguirme. Tengo que decir que Alcestes es un gordo que come sin

parar y entonces, claro, le molesta correr, y, sobre todo, yo soy muy bueno en los cuarenta metros, que es la largura del patio de la escuela.

—Date prisa, Alcestes —dije.

—No puedo más —me contestó Alcestes. Hizo montones de «puf, puf» y después se paró.

Entonces le dije que valía más que nos quedáramos allí, porque si no nos arriesgábamos a que nos vieran nuestros padres y nos castigarían sin postre, y, además, había inspectores de la escuela y nos darían de comer pan y agua. Cuando oyó esto, Alcestes se armó de valor y se puso a correr tan de prisa que yo no conseguía alcanzarlo.



Nos paramos muy lejos, mucho después de la mantequería del señor Compani, que es muy amable y donde mamá compra la mermelada de fresas que es fenomenal porque no tiene semillas, no es como los albaricoques.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo Alcestes.

Y sacó unas galletas del bolsillo y empezó a comerlas, porque, me dijo, correr inmediatamente después de comer le había dado hambre.

—Has tenido una buena idea, Alcestes — dije—. ¡Cuando pienso en los compañeros que están en la escuela haciendo aritmética, me entran ganas de reír!

—¡A mí también! —dijo Alcestes.

Y nos morimos de risa. Cuando acabamos de reír le pregunté a Alcestes qué íbamos a hacer.

—No sé —dijo Alcestes—. Podíamos ir al cine.

También era una idea estupenda, pero no teníamos dinero. En nuestros bolsillos encontramos cordeles, bolas, dos gomas y unas migas. Las migas no nos las guardamos, porque estaban en el bolsillo de Alcestes y se las comió.

—¡Bah! —dije—. ¡No importa! ¡Incluso sin cine, a los otros les encantaría estar con nosotros!

—Sí —dijo Alcestes—, después de todo, no tenía yo muchas ganas de ir a ver *El Desquite del Sheriff*.

—Sí —dije yo—, es sólo una película de vaqueros.

Y pasamos por delante del cine para ver las carteleras. También había dibujos animados.

—Si fuéramos al parque —dije yo—, podíamos hacer una pelota de papel y entrenarnos.

Alcestes me contestó que no era ninguna tontería, pero que en el parque había un guarda y que, si nos veía, nos preguntaría por qué no estábamos en la escuela y nos llevaría al calabozo y nos gastarían la broma del pan y del agua. Con sólo pensar en eso le entró hambre a Alcestes, y sacó un bocadillo de queso de su cartera. Continuamos andando por la calle y cuando Alcestes acabó su bocadillo, me dijo:

—¡Los demás, en la escuela, no se lo están pasando bomba!



—Es cierto —dije yo—, y además, de todas maneras es demasiado tarde para ir, nos castigarían.

Miramos escaparates. Alcestes me explicó el de la chacinería, y después nos marchamos a hacer muecas ante el de la perfumería, que tiene espejos, pero nos fuimos, porque nos dimos cuenta de que la gente de la tienda nos miraba y de que tenían pinta de extrañados. En el escaparate del relojero vimos la hora y aún era muy temprano.

—¡Fenómeno! —dije yo—. Todavía hay tiempo de pasarlo bomba antes de volver a casa.

Como estábamos cansados de andar, Alcestes me propuso irnos al solar, allá abajo, no hay nadie y uno puede sentarse en el suelo. Está muy bien el solar, y empezamos a divertirnos tirando piedras contra las latas de conservas. Y después nos hartamos de las piedras, y entonces nos sentamos, y Alcestes empezó a comerse un bocadillo de jamón, el último de su cartera.

—En la escuela —dijo Alcestes— deben andar



metidos con los problemas.

—No —dije—, por la hora que es deben estar en el recreo.

—¡Bah! ¿Te parece divertido el recreo? —me preguntó Alcestes.

—¡Bah! —le contesté y después me eché a llorar.

La verdad es que, al final, no era tan divertido estar allí solos y no poder hacer nada y estar obligados a escondernos, y yo tenía razón cuando quería ir a la escuela, incluso con los problemas, y si no me hubiera encontrado a Alcestes ahora estaría en el recreo y jugaría a las canicas y a policías y ladrones y yo soy formidable con las canicas.

—¿Qué te pasa para llorar así? —me preguntó Alcestes.

—¡Por tu culpa no puedo jugar a policías y ladrones! —le dije.

A Alcestes no le gustó la cosa.

—No te pedí que me siguieras —dijo—, y, además, si te hubieras negado a venir, bueno, yo

habría ido a la escuela. ¡La culpa es tuya!

—¿Ah, sí? —le dije a Alcestes, igual que le dice papá al señor Blédurt, que es un vecino al que le encanta tomarle el pelo a papá.

—Sí —contestó Alcestes, como el señor Blédurt contesta a papá, y nos hemos peleado, como papá con el señor Blédurt. Cuando acabamos de pegarnos empezó a llover, y entonces nos fuimos corriendo del solar, porque no había donde meterse para no mojarse y mi mamá me ha dicho que no quiere que me empape con la lluvia, y yo no desobedezco casi



nunca a mi mamá.

Alcestes y yo fuimos a ponernos junto al escaparate del relojero. Llovía muy fuerte y estábamos solos en la calle; no era muy divertido. Esperamos así la hora de volver a casa.

Cuando llegué a casa, mamá me dijo que estaba paliducho y que tenía pinta de cansado, y que si quería podía quedarme sin ir a la escuela, pero me negué y mamá se asombró mucho.

¡Y es que mañana, cuando Alcestes y yo contemos lo bien que lo hemos pasado, los compañeros de clase van a morir de envidia!

¿QUÉ ME DICEN?  
¡¡ HACIENDO NOVILLOS!!



ES EL  
NIÑO QUE HA  
FALTADO A LA  
ESCUELA...



¿ERES TÚ QUIEN HA  
FALTADO A LA  
ESCUELA?



## **Me trato con Agnan**

Yo quería salir para ir a jugar con mis amigos, pero mamá me dijo que no, que ni hablar, que no le gustaban nada los niños con quienes me trataba, que hacíamos siempre tonterías juntos y que estaba invitado a merendar en casa de Agnan, que es muy amable y bien educado, y que más me valdría seguir su ejemplo.

Yo no tenía muchas ganas de ir a merendar a casa de Agnan ni de seguir su ejemplo. Agnan es el primero de la clase, el ojito derecho de la maestra, no demasiado buen compañero, pero no se le pega demasiado porque lleva gafas. Habría preferido ir a la piscina con Alcestes, Godofredo, Eudes y los demás, pero no había nada que hacer, mamá no tenía pinta de bromear

y de todas formas, yo obedezco siempre a mi mamá, sobre todo cuando no tiene pinta de bromear.

Mamá me hizo bañarme, peinarme, me dijo que me pusiera el traje azul marino, el que tiene raya en el pantalón, la camisa blanca de seda y la corbata de lunares. Estaba vestido como para la boda de mi prima Elvira, el día que me puse malo después de la comida.

—¡No pongas esa cara! —me dijo mamá—. ¡Te divertirás mucho con Agnan!

Y después salimos. Yo tenía mucho miedo de encontrarme a mis compañeros. ¡Se burlarían de mí si me veían vestido así!

La mamá de Agnan nos abrió la puerta.

—¡Qué mono es! —dijo; y me besó y después llamó a Agnan—: ¡Agnan! ¡Ven pronto! ¡Ha llegado tu amiguito Nicolás!

Agnan vino. También él estaba vestido muy raro, con pantalón de terciopelo, calcetines blancos y unas absurdas sandalias negras que brillaban mucho. Teníamos pinta de dos payasos,

él y yo.

Agnan no parecía muy contento de verme, me tendió la mano y todo sin ningún entusiasmo.

—Se lo confío —dijo mamá—. Espero que no haga demasiadas tonterías; volveré a buscarlo a las seis.

La mamá de Agnan dijo que estaba segura de que nos divertiríamos mucho y seríamos muy buenos. Mamá se marchó, tras haberme mirado como si estuviera algo preocupada.

Merendamos. La cosa estaba bien, había chocolate, mermelada, pasteles, tostadas, y no pusimos los codos en la mesa. Después, la mamá de Agnan nos dijo que fuéramos a jugar tranquilamente a la habitación de Agnan.

En su cuarto, Agnan empezó por advertirme que no debía pegarle, porque tenía gafas, y que se pondría a gritar y su madre me haría meter en la cárcel. Yo le contesté que tenía muchas ganas de zurrarle la badana, pero que no lo haría porque había prometido a mi mamá ser bueno. La cosa pareció gustarle a Agnan y me dijo que

íbamos a jugar. Empezó a sacar montones de libros, de geografía, de ciencias, de aritmética, y me propuso que los leyésemos y que hiciéramos problemas para pasar el tiempo. Me dijo que había problemas formidables con grifos que corren en una bañera destapada y que se vacía al mismo tiempo que se llena.

Era una buena idea y le pregunté a Agnan si podía ver la bañera, que nos divertiríamos mucho. Agnan me miró, se sacó las gafas, las limpió, reflexionó un poco y después me dijo que lo siguiera.

En el cuarto de baño había una gran bañera y le dije a Agnan que podíamos llenarla y jugar a los barquitos. Agnan me dijo que nunca se le había ocurrido, pero que no era mala idea. La bañera se llenó muy pronto hasta el borde; hay que decir que nosotros sí que la habíamos tapado. Pero Agnan estaba muy fastidiado porque no tenía barcos para jugar. Me explicó que tenía muy pocos juguetes, que sobre todo tenía libros. Afortunadamente sé hacer barcos de



papel y cogimos las hojas del libro de aritmética. Tratamos de hacerlo con cuidado, claro, para que Agnan pudiera pegar luego las páginas de su libro, porque está muy feo estropear las páginas de un libro o hacer daño a un animal o a un árbol.

Lo pasamos muy bien. Agnan hacía las olas metiendo los brazos en el agua. Lástima que no se remangara la camisa y que no se quitara el reloj de pulsera que le regalaron por su último examen de historia, en el que fue el primero, y que ahora marca las cuatro y veinte y ya no se mueve. Al cabo de un rato, ya no sé cuánto, con aquel reloj que ya no funcionaba, nos hartamos, y además había agua por todas partes y no quisimos hacer demasiados estropicios, sobre todo porque en el suelo se formaba fango y las sandalias de Agnan estaban menos brillantes que antes.

Volvimos al cuarto de Agnan y me enseñó el mapamundi. Es una gran bola de metal en la que han pintado mares y tierras. Agnan me explicó que era para aprender geografía y dónde se encontraban los países. Eso ya lo sabía yo, hay un mapamundi como ése en la escuela y la maestra nos ha enseñado cómo funciona. Agnan



me dijo que se podía destornillar el mapamundi y entonces parecía una gran pelota. Creo que fui yo quien tuvo la idea de jugar con ella, pero no era una buena idea. Nos divertíamos tirándonos el mapamundi, pero Agnan que se había quitado las gafas para no arriesgarse a romperlas, y sin

gafas no ve muy bien, de modo que falló con el mapamundi, que fue a estrellarse por el lado de Australia contra el espejo, que se rompió. Pusimos el mapamundi en su sitio y decidimos andar con más cuidado, porque quizá nuestras mamás no se pusieran muy contentas.



Buscamos otra cosa que hacer y Agnan me dijo que para estudiar ciencias su padre le había regalado un juego de química. Me lo enseñó y es fenómeno. Es una gran caja llena de tubos, de botellitas redondas, de frasquitos llenos de cosas de todos los colores, y había también un mechero

de alcohol. Agnan me dijo que con todo eso se podían hacer experimentos muy instructivos.

Agnan se puso a echar polvitos y líquidos en los tubos y cambiaban de color, se ponían rojos o azules y de vez en cuando echaban un humito blanco. ¡Es bárbaramente instructivo! Le dije a Agnan que debíamos intentar otros experimentos aún más instructivos y estuvo de acuerdo. Cogimos la mayor de las botellas y metimos dentro todos los polvitos y todos los líquidos, después la pusimos sobre el mechero de alcohol y empezamos a calentar la botella. Al principio no estaba mal: empezó a hacer espuma y luego después a echar un humo muy negro. Lo malo es que el humo no olía bien y lo manchaba todo. Tuvimos que parar con el experimento cuando estalló la botella.

Agnan se puso a gritar que no veía, pero, afortunadamente, era sólo porque los cristales de sus gafas estaban completamente negros. Mientras los limpiaba, yo abrí la ventana, porque el humo nos hacía toser. En la alfombra, la

espuma hacía ruidos muy raros, como el agua hirviendo; las paredes estaban todas negras y nosotros no demasiado limpios.



Después entró la mamá de Agnan. Durante un ratito no dijo nada, abrió los ojos y la boca y

después se puso a gritar, le quitó las gafas a Agnan y le dio una bofetada, luego nos cogió de la mano para llevarnos al cuarto de baño y lavarnos. Cuando vio el cuarto de baño, la cosa no le gustó nada a la mamá de Agnan.

Agnan se agarraba bien las gafas, porque no tenía ganas de recibir otra bofetada. Entonces la mamá de Agnan se marchó corriendo, diciéndome que iba a telefonar a mi mamá para que viniera a buscarme inmediatamente y que nunca había visto cosa igual y que era absolutamente increíble.

Mamá vino a buscarme muy deprisa y yo estaba encantado, porque ya empezaba a no divertirme en casa de Agnan, sobre todo con su mamá, que tenía un aspecto terriblemente nervioso. Mamá me llevó a casa diciéndome todo el tiempo que podía estar orgulloso y que me quedaría sin postre por la noche. Tengo que confesar que la cosa era bastante justa, porque con Agnan hice bastantes tonterías.

En resumen, mamá tenía razón, como

siempre; me lo pasé muy bien con Agnan. Por mi parte, habría vuelto a visitarlo con mucho gusto, pero parece que ahora es la mamá de Agnan la que no quiere que se trate conmigo.

¡De todas maneras, me encantaría que las mamás se aclararan lo que quieren! ¡Ya no sabe uno con quién tratarse!

## **Al señor Bordenave no le gusta el sol**

Yo no entiendo al señor Bordenave cuando dice que no le gusta el buen tiempo. Es cierto que la lluvia no es agradable. Aunque, claro, uno puede divertirse también cuando llueve. Se puede andar por los charcos, se puede levantar la cabeza y abrir la boca para tragarse un montón de gotas de agua, y en la casa se está muy bien, porque hace calor y se juega con el tren eléctrico y mamá hace chocolate con pasteles. Pero cuando llueve no hay recreo en la escuela, porque no nos dejan bajar al patio. Por eso no entiendo al señor Bordenave, porque también él se aprovecha del buen tiempo, es él quien nos vigila en el recreo.

Hoy, por ejemplo, ha hecho muy bueno, con



montones de sol, y tuvimos un recreo formidable, porque además hace tres días que llovía sin parar y nos habíamos tenido que quedar en clase. Llegamos al patio en fila, como en todos los recreos, y el señor Bordenave nos dijo: «Rompan filas» y empezamos a pasarlo bomba.

—¡Jugamos a policías y ladrones! —gritó Rufo, cuyo padre es agente de policía.

—¡No jorobes! —dijo Eudes—. Jugaremos al fútbol.

Y se pegaron. Eudes es muy fuerte y le encanta dar puñetazos en la nariz de los compañeros, y como Rufo es un compañero, le dio un puñetazo en la nariz. Rufo no se lo esperaba y entonces retrocedió y chocó con Alcestes, que estaba comiendo un bocadillo de mermelada, y el bocadillo cayó al suelo y Alcestes se puso a gritar. El señor Bordenave vino corriendo, separó a Eudes y Rufo, y los castigó de pie.

—¿Y mi bocadillo? —preguntó Alcestes—. ¿Quién me lo devuelve?

—¿Quieres quedarte tú también castigado? — preguntó el señor Bordenave.

—No, yo quiero mi bocadillo de mermelada — dijo Alcestes.

El señor Bordenave se puso todo rojo y empezó a resoplar por la nariz, como cuando se encoleriza, pero no pudo seguir hablando con Alcestes porque Majencio y Joaquín estaban peleándose.

—¡Devuélveme mi bola, hiciste trampas! — gritaba Joaquín, y tiraba de la corbata de Majencio y Majencio le daba tortas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el señor Bordenave.

—A Joaquín no le gusta perder y por eso grita; si usted quiere, puede darle un puñetazo en la nariz —dijo Eudes, que se había acercado a ver.

El señor Bordenave miró a Eudes, muy sorprendido.

—¡Creí que estabas castigado! —dijo.

—¡Ah, claro, es verdad! —dijo Eudes, y volvió a su pared, mientras Majencio se ponía muy rojo

porque Joaquín no soltaba la corbata, y el señor Bordenave los mandó a los dos castigados, junto a los otros.

—¿Y mi bocadillo de mermelada? —preguntó Alceste, que comía un bocadillo de mermelada.

—¡Pero si estás comiéndote uno! —dijo el señor Bordenave.

—¡Esa no es una razón! He traído cuatro bocadillos para el recreo y quiero comer cuatro bocadillos.

El señor Bordenave no tuvo tiempo de enfadarse porque le dieron con una pelota en la cabeza, ¡paf!

—¿Quién ha sido? —gritó el señor Bordenave, agarrándose la frente.

—Fue Nicolás, señor, yo lo vi —dijo Agnan.

Agnan es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, nosotros no lo queremos demasiado, es un sucio chivato, pero lleva gafas y no se le puede zurrar tan a menudo como uno quisiera.

—¡Sucio chivato! —grité—. ¡Si no tuvieras

gafas te iba a dar yo una buena!

Agnan se echó a llorar, diciendo que era muy desgraciado y que iba a matarse, y después se tiró al suelo. El señor Bordenave me preguntó si era cierto que fui yo el que tiró la pelota, y yo le dije que sí, que jugábamos a balón-tiro y que yo había fallado a Clotario, pero que la culpa no era mía, porque no tenía intención de darle al señor Bordenave.

—¡No quiero que juguéis a esos juegos brutales! ¡Confiscaré la pelota! ¡Y tú, castigado!  
—me dijo el señor Bordenave.

Yo le dije que era terriblemente injusto, Agnan me hizo «rabia, rabiña», y tenía pinta de contento y se marchó con su libro. Agnan no juega durante el recreo, se trae un libro y repasa sus lecciones. ¡Está loco este Agnan!

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con el bocadillo de mermelada? —preguntó Alcestes—. Estoy con mi tercer bocadillo, el recreo va a terminar y me faltará un bocadillo, se lo advierto.

El señor Bordenave iba a empezar a

contestarle, pero no pudo y es una lástima, porque tenía pinta de interesante lo que iba a decirle a Alcestes.

No pudo contestar porque Agnan estaba en el suelo y lanzaba gritos terribles.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el señor Bordenave.

—¡Es Godofredo! ¡Me empujó! ¡Mis gafas! ¡Me muero! —dijo Agnan, que hablaba como en una película que vi donde había gente en un submarino que no podía subir y la gente se salvaba, pero el submarino se hacía polvo.

—No, señor, no ha sido Godofredo, Agnan se cayó solo, no sabe tenerse en pie —dijo Eudes.

—¿Y tú por qué te metes? —preguntó Godofredo—. Nadie te ha llamado, fui yo-quien lo empujó, ¿qué pasa?

El señor Bordenave se puso a gritarle a Eudes que volviera junto a la pared y le dijo a Godofredo que lo acompañara. Y después levantó a Agnan, que sangraba por la nariz y lloraba, y se lo llevó a la enfermería, seguido por Alcestes que le

hablaba de su bocadillo de mermelada.

Nosotros decidimos jugar al fútbol. Lo fastidioso es que los mayores estaban ya jugando al fútbol en el patio, y no siempre nos entendemos bien con los mayores y a menudo nos peleamos. Y la cosa no podía fallar en el patio, con dos pelotas y dos partidos de fútbol mezclados.

—¡Suelta esa pelota, crío asqueroso! —dijo un mayor a Rufo—. Es la nuestra.

—¡No es cierto! —gritó Rufo, y era cierto que no era cierto, y un mayor metió un gol con la pelota de los pequeños y el mayor abofeteó a Rufo y Rufo le dio una patada en la pierna al mayor.

En las batallas con los mayores siempre pasa lo mismo: ellos nos dan bofetones y nosotros les damos patadas en las piernas. En ese momento nos pegamos duro y todos nos peleábamos y hacíamos un ruido bárbaro. A pesar del ruido, se oyó el grito del señor Bordenave, que volvía de la enfermería con Agnan y Alcestes.

—Mire —dijo Agnan—, ¡los castigados se han ido!

El señor Bordenave tenía pinta de estar muy enfadado y vino corriendo hacia nosotros, pero no llegó porque resbaló en el bocadillo de mermelada de Alcestes y se cayó.

—¡Muy bien! —dijo Alcestes—. ¡Lo que faltaba! Que ahora usted me pise mi bocadillo de mermelada.

El señor Bordenave se levantó y se frotaba el pantalón y se llenó la mano de mermelada. Nosotros habíamos empezado a pelearnos otra vez y era un recreo decididamente formidable, pero el señor Bordenave miró su reloj y se fue cojeando a tocar la campana. El recreo había terminado.

Mientras nos poníamos en fila, apareció el Caldo. El Caldo es otro vigilante al que llaman así porque siempre dice: «Miradme a los ojos», y como en el caldo hay ojos, le llaman el Caldo. Son los mayores los que lo inventaron.

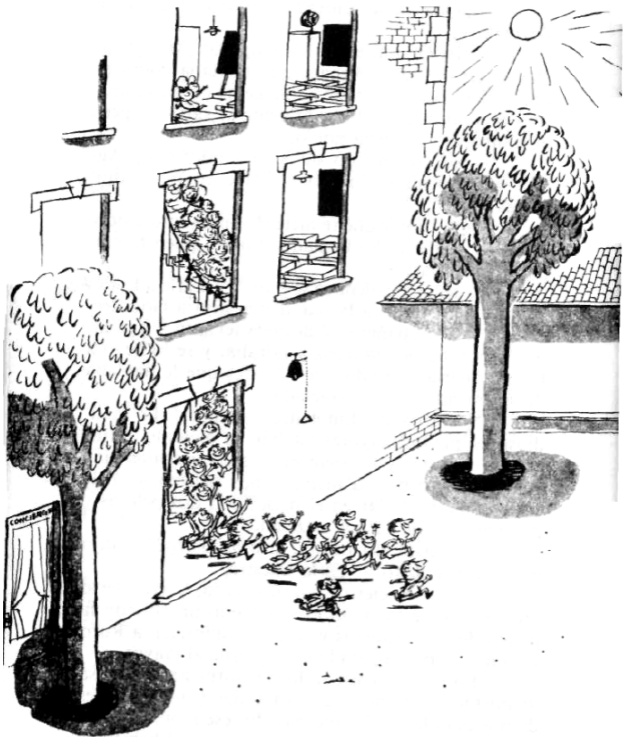
—¿Qué Bordenave? —dijo el Caldo—. ¿Cómo

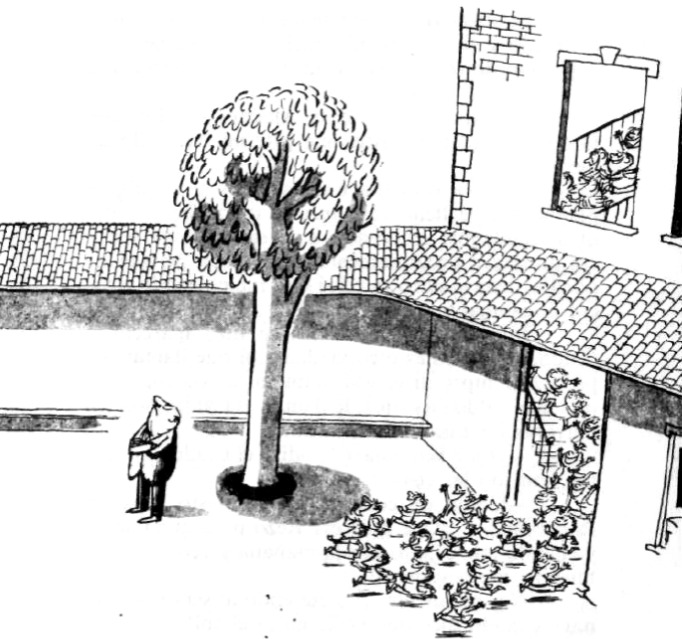
han ido las cosas?

—Como de costumbre —contestó el señor Bordenave—. ¿Qué quieres? Rezo para que llueva, y cuando me levanto por la mañana y veo que hace bueno, ¡me desespero!

No, realmente, ¡no entiendo al señor Bordenave cuando dice que no le gusta el sol!







SEMPÉ

## Me voy de casa

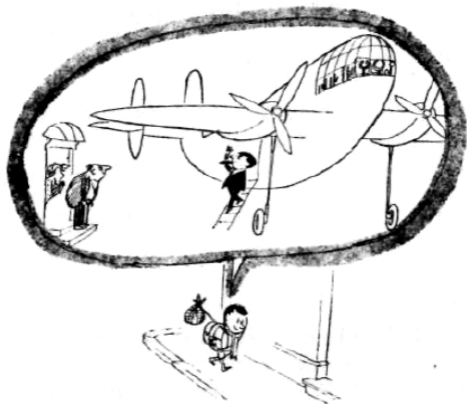
¡Me he ido de casa! Estaba jugando en el salón y me portaba muy bien, y después, simplemente porque tiré un frasco de tinta en la alfombra nueva, mamá vino y me regañó. Entonces me puse a llorar y le dije que me iría y que me echarían mucho de menos, y mamá dijo:

—Con todo esto se me ha hecho tarde, tengo que salir a la compra —y se marchó.

Subí a mi cuarto para coger lo que necesitaría para irme de casa. Cogí mi cartera y metí el cochecito rojo que me regaló tía Eulogia, la locomotora del tren de cuerda, con el vagón de mercancías, el único que me queda, los otros vagones se rompieron, y un trozo de chocolate que había guardado de la merienda, cogí mi

hucha (nunca se sabe, puedo necesitar dinero) y me marché.

Es una suerte que mamá no estuviera allí, seguramente me habría prohibido irme de casa. Una vez en la calle, eché a correr. Mamá y papá van a tener mucha pena; volveré después, cuando sean muy viejos, como la abuela, y seré rico, tendré un gran avión, un gran coche y una alfombra para mí solo, donde podré tirar la tinta, y estarán terriblemente contentos de volverme a



ver.

Así, corriendo, llegué delante de la casa de Alcestes. Alcestes es un compañero mío, ese que es muy gordo y come sin parar, quizá ya os hablé de él. Alcestes estaba sentado ante la puerta de su casa, comiendo alfajores.

—¿A dónde vas? —me preguntó Alcestes, mordiendo un buen bocado de alfajor.

Le expliqué que me había ido de casa y le pregunté si quería venir conmigo.

—Cuando volvamos, dentro de montones de años —le dije—, seremos ricos, con aviones y coches, y nuestros papás y nuestras mamás estarán tan contentos de vernos que no nos regañarán nunca más.

Pero Alcestes no tenía ganas de venir.

—Estás chalado —me dijo—, mi madre hace «choucroute» esta noche, con tocino y salchichas, no puedo marcharme.

Entonces le dije adiós a Alcestes y él me saludó con la mano que tenía libre, pues la otra estaba ocupada empujando los alfajores en la

boca.

Di la vuelta a la esquina y me paré un poco, porque Alcestes me había dado hambre, y me comí mi trozo de chocolate, eso me dará fuerzas para el viaje. Quería ir muy lejos, donde papá y mamá no me encontrarán, a la China o a Arcachon, donde hemos pasado las vacaciones el año pasado y está terriblemente lejos de nuestra casa, hay mar y ostras.



Pero para irme muy lejos tenía que comprar un coche o un avión. Me senté en el bordillo de la acera y rompí mi hucha y conté el dinero. Para el coche o el avión hay que decir que no había bastante, y entonces entré en una pastelería y me compré un pastelillo relleno de chocolate que estaba realmente bueno.

Cuando acabé el pastelillo decidí continuar a pie, me llevará más tiempo, pero como no tengo que volver a casa ni ir a la escuela, tengo todo el tiempo que quiera. Aún no había pensado en la escuela y me dije que mañana la maestra diría en clase:

—El pobre Nicolás se ha marchado solo, muy solo, y muy lejos, volverá muy rico, con un coche y un avión.

Y todos hablarían de mí y se preocuparían por mí y Alcestes lamentaría no haberme acompañado. Será terriblemente estupendo.

Continué andando, pero ya empezaba a estar cansado y, además, no iba demasiado de prisa, hay que decir que mis piernas no son muy largas,

no es como mi amigo Majencio, pero no puedo pedirle a Majencio que me preste sus piernas.



Eso me dio una idea: podría pedirle a un compañero que me prestara su bici. Justamente



pasaba ante la casa de Clotario. Gotario tiene una bici estupenda, toda amarilla y que brilla mucho, lo fastidioso es que a Clotario no le gusta prestar sus cosas.

Llamé a la puerta de la casa de Clotario y él mismo me abrió.

—¡Hombre! —dijo—. ¡Nicolás! ¿Qué quieres?

—Tu bici —le dije, y entonces Clotario cerró la puerta.

Llamé de nuevo y, como Clotario no abría, dejé el dedo en el botón del timbre. Oí dentro de la casa a la mamá de Clotario, que gritaba:

—¡Clotario! ¡Ve a abrir esa puerta!

Y Clotario abrió la puerta, pero no parecía muy contento de verme allí.

—Necesito tu bici, Clotario —le dije—. Me he ido de casa y mi papá y mi mamá tendrán pena y regresaré dentro de un montón de años y seré muy rico, con un coche y un avión.

Clotario me contestó que viniera a verlo a la vuelta, cuando fuera rico, que me vendería su bici. Eso no arreglaba nada, lo que me dijo

Clotario, pero pensé que tenía que encontrar dinero, con dinero podría comprar la bici de Clotario. A Clotario le gusta mucho el dinero.

Me pregunté qué podría hacer para encontrar dinero. Trabajar no podía, era jueves. Entonces pensé que podría vender los juguetes que llevaba en mi cartera: el coche de tía Eulogia y la locomotora con el vagón de mercancías, que es el único que me queda, porque los demás vagones se rompieron. Al otro lado de la calle vi una juguetería, me dije que allí podría interesarles mi coche y el tren.

Entré en una tienda y un señor muy amable me lanzó una gran sonrisa y me dijo:

—¿Qué jovencito? ¿Quieres comprar algo? ¿Bolas? ¿Una pelota?

Le dije que no quería comprar nada, que quería vender juguetes, y abrí mi cartera y puse el coche y el tren, en el mostrador. El amable señor se inclinó y me dijo:

—Pero, hijito, yo no compro juguetes, los vendo.

Entonces le pregunté dónde encontraba los juguetes que vendía, porque la cosa me interesaba.

—Pero, pero, pero —me contestó el señor—, no los encuentro, los compro.

—Entonces, cómpreme los míos —le dije al señor.

—Pero, pero, pero —dijo de nuevo el señor—, ¿no lo entiendes? Los compro, pero no a ti, a ti te los vendo, los compro en la fábrica, y tú... Es decir —se detuvo y después dijo—: Ya lo entenderás cuando seas mayor.

Pero lo que el señor no sabía es que cuando sea mayor no necesitaré dinero, porque seré muy rico, con un coche y un avión. Me eché a llorar. El señor estaba muy fastidiado, y entonces buscó detrás del mostrador y me dio un cochecito y después me dijo que me marchara porque se hacía tarde, tenía que cerrar la tienda, y clientes como yo resultaban agotadores después de un día de trabajo. Salí de la tienda con el tren y dos coches; estaba terriblemente contento. Es cierto

que se hacía tarde, empezaba a oscurecer y no había nadie en la calle; me puse a correr. Cuando llegué a casa, mamá me regañó porque llegaba tarde a cenar.

Ya que se ponen así, ¡prometido! Mañana me iré de casa. Papá y mamá tendrán mucha pena y no volveré en montones de años, ¡seré rico y tendré un coche y un avión!



*FIN*

*Una colaboración de:*

**Monipenny**

&



*Mayo 2012*